

A CONTEMPORARY ROMANCE

BAD



GIRL

ELLA GOODE

BAD GIRL

ELLA GOODE

*Sotelo, gracias K. Cross*

El cáncer se llevó a mi mamá, pero Warren Holmes se llevó a mi papá.

Durante toda mi vida, solo fuimos mi madre y yo. Nos las arreglamos bien. Cuando ella falleció, descubrí la identidad de mi padre en un diario que había escondido. Pero cuando llegué a él, ya había dejado este mundo. Le habían quitado los ahorros de toda su vida en una estafa inmobiliaria. Mi tío me dio un propósito: acabar con War Holmes y vengar a mi padre.

A pesar de lo que dice mi currículum falso, soy una camarera sin estudios universitarios, pero no me detendré ante nada para poner a ese hombre de rodillas. No importa lo dulces que sean sus besos o la ternura con la que me abraza, voy a ganar esta guerra.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Capítulo 1

LEILA

—Deja de tocar. — me grita mi tío Chris. Dejo caer las manos en mi regazo. — ¿Vas a ser capaz de hacer esto?— Se echa hacia atrás en su silla, su gigantesco escritorio de caoba nos separa. Me mira con escepticismo.

—No debería ser un problema. — Tengo que hacer esto. Warren tomó algo de mí, así que ahora voy a tomar algo de él. Es justo.

—Recibirás el cinco por ciento de la venta si logras esto. Cualquiera otra cosa que encuentres tendremos que verla.

Sacudo la cabeza. —No quiero el dinero. — No se trata de eso. Al menos no para mí. Warren es la razón por la que mi padre está muerto. Planeo hacer todo lo que pueda para asegurarme de que sienta las consecuencias de eso.

Llevó a mi padre a un punto de ruptura, dejándolo como un hombre roto que pensó que ya no tenía nada por lo que vivir. Así que le quitó lo único que aún tenía: su vida. Quiero que Warren sepa lo que se siente cuando te quitan algo.

—Veo que su manzana no cayó lejos del árbol. — Chris golpea sus dedos en su escritorio. Tiene mejor manicura que yo.

—No lo sé. — Vine en busca de mi padre hace seis meses. Durante toda mi vida, mi madre se negó a decirme quién era. No fue hasta después de su funeral, cuando estaba revisando sus cosas, que descubrí la identidad de mi padre.

Estaba todo ahí, en el diario personal de mi madre. Con cada vuelta de página, aprendía algo sobre mi vida que desconocía. Pero había llegado demasiado tarde a la hora de conocer a mi padre. Por un breve momento, pensé que ya no estaba sola en el mundo. Me equivoqué.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Cuando perdí a mi madre, sentí que también había perdido una parte de mí. Todavía no puedo salir de la pena, pero esto me está dando un propósito. Tengo un lugar en el que concentrar esta rabia que se desborda dentro de mí.

—Tienes sus ojos y su color de pelo. — Alzo la mano para tocarme el pelo, jugando con las puntas.

— ¿Realmente no sabía nada de mí?— Vuelvo a preguntar. ¿Estoy tratando de encontrar una salida? Si él no se preocupaba por mí, entonces no debería preocuparme por él. En ese caso no habría ninguna razón para que yo hiciera nada de esto.

—No. Tu padre siempre quiso tener hijos, pero estaba demasiado metido en su trabajo como para encontrar una esposa. — Me empieza a picar la nariz, pero lucho contra las lágrimas, sabiendo que si no, Chris me echará. Ya piensa que no puedo soportar esto. —Te habría recibido con los brazos abiertos. — Sus palabras no hacen más que clavarme el cuchillo. Tengo que hacerlo. No hay nada que perder en este momento.

—Puedo hacerlo. — le aseguro, aunque no sé si realmente puedo. Pero supongo que si hay voluntad, hay un camino.

—Bien. — Me pasa la carpeta por el escritorio. —Todo lo que necesitas está ahí. Empiezas mañana en Hugo Realty. Como nadie sabe de ti y no hay conexión con tu padre, no creo que nadie pueda relacionarte.

— ¿Cómo has hecho esto?— Repaso mi currículum falso que me ha conseguido este trabajo.

Según este documento, me gradué en una universidad de la Ivy League tras obtener un título en finanzas. También un master de ajedrez. ¿Qué demonios? Voy a estar tan loca.

Creo que podría ser la primera mujer que espera que el jefe le pida que le haga una taza de café, porque eso sí lo podría manejar. Todas estas otras cosas elegantes en mi currículum no tanto.

Trabajé en una cafetería durante parte del instituto. Mamá se enfermó en mi último año, y supe que no iba a ir a ninguna parte. No había forma de dejarla sola. Así que seguí trabajando ahí.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Necesitábamos cada centavo que pudiéramos conseguir para ayudar con todas las facturas médicas que se estaban acumulando.

—Esos son mis secretos. — Sonríe. Sus sonrisas siempre me producen una sensación de malestar. La única razón por la que confío en él en esto es porque compartimos un enemigo común.

— ¿Puedes hablarme de ese tal Warren?— Quiero saber todo lo que pueda sobre él antes de empezar. No estoy segura de lo cerca que voy a estar de él. Vengo como interna con la esperanza de poder llegar a él desde adentro.

—Siga volteando. — Lo hago. —Tienes que estudiar eso. Memoriza cada detalle que puedas por insignificante que parezca.

Miro fijamente al apuesto hombre de la foto. Cuando me enteré de la existencia de Warren, estaba segura de que sería un viejo blanco con el pelo canoso. Ni de lejos. Si tuviera que adivinar, diría que tiene unos treinta años. No es quien me imaginaba como propietario de una de las mayores empresas inmobiliarias comerciales de la Costa Este.

A medida que sigo leyendo, veo que mi suposición de su edad es correcta. Realmente no hay ningún detalle que se haya omitido. Incluso dice cómo toma Warren su café. A Chris no se le escapa nada.

—No hay mucho sobre su vida personal. — Aparto los ojos de la carpeta.

—El hombre está casado con su trabajo. Es lo único que le importa. — No me extraña que esté dispuesto a pisar a cualquiera que se interponga en su camino. —Como dije, tienes que memorizar todo.

—Eso no será un problema. — Me acuerdo de todo. A veces creo que es un don. Otras veces es más bien una maldición. Una que no dejo que nadie sepa que tengo. La gente se comporta de forma diferente cuando se da cuenta de que recuerdas todos los detalles, por pequeños que sean.

Con los años aprendí a disimularlo. Fingiendo que anotaba los pedidos cuando trabajaba de camarera o incluso asegurándome de que no sacaba demasiadas notas en los trabajos del curso. Quería ser normal. Como todo el mundo. Incluso cuando intenté serlo, nunca funcionó.

—Tu placa. — Chris la lanza al otro lado de la mesa. La agarro.  
—Espero que tengas algo más bonito que ponerte. — Evalúa mi atuendo.

—Lo tengo controlado. — miento, levantándome de la silla.

—Lleva el teléfono siempre encima. — me recuerda por millonésima vez.

—Entendido. — digo antes de salir de su despacho. El plan está en marcha.

Lo único que tengo que hacer es que ese tal Warren pague.

# Capítulo 2

WARREN

—Warren, hay que firmar los papeles de Kelso.

—Sr. Holmes, el inspector de la ciudad llamó para decirle que hay un problema con la propiedad de March.

—Sr. Holmes, hay una llamada para usted en la línea tres. Es Mary Risling del Daily Telegraph. Le están nominando para un premio de empresario, y ella quiere obtener una declaración suya.

—War, hay una mujer que dice que te dejaste el teléfono en su casa anoche.

Me detengo en el último, susurrado en mi oído por mi asistente, Connor. —Estuve en la oficina hasta las diez y luego me fui a casa, a mi ático. Será mejor que lo investigue. La veré si es necesario.

Connor me hace un gesto con la cabeza, pero cuando se aleja, me acosan. Me lanzan papeles a la cara. Un teléfono móvil aparece de la nada y un auricular Bluetooth se pone en mi oído. Me meto los papeles bajo el brazo, cojo un café de alguien cuya cara no reconozco y avanzo hacia mi despacho.

—Es un honor que no merezco, Mary. Dile a tu periódico que se lo dé a otro.

—Ya está hecho. La placa está grabada. — me dice la periodista al oído. —La entregaré yo misma después de recogerla mañana. ¿Digamos sobre las siete?

—Corro por las mañanas. — Paso página a las notas sobre las quejas del inspector. Maldita sea. La propiedad de March iba a ser un gran negocio multimillonario, pero si el suelo es inestable y los cimientos se hunden, puede que tenga que marcharme. Sin embargo, la propiedad frente al río es muy tentadora.

—Me refería a la noche.

*Sotelo, gracias K. Cross*



—Sé lo que querías decir. No voy a aceptar el maldito premio. — Cuelgo. —Connor, ponme con Solid Engineering. Quiero ver si podemos apuntalar los cimientos.

— ¡En marcha!— llama desde la oficina exterior.

El contrato de Kelso es perfecto. Firmo y llamo a Connor, pero está al teléfono. Una chica vestida de azul está de pie frente a mi puerta. La chica del café. La que no reconocí. La que hizo que mi polla se endureciera bajo los pantalones de lana italiana superfina. Voy a tener que despedirla. Doblo mi dedo.

Mira por encima de su hombro y luego se señala a sí misma, murmurando, ¿Yo?

—Sí, ven. — le ordeno.

Entra en mi despacho y empieza a cerrar la puerta. Mi polla vuelve a hincharse.

—No. — le ordeno tajantemente. —Deja la puerta abierta.

Lo último que necesito es que una jovencita caliente que hace que mi polla se retuerza cierre la puerta y haga que mi cuerpo sienta que estamos a punto de tener algo de acción.

—No hace falta ser irritable. — responde la chica.

Su aguda réplica me deja en silencio. Pero me recupero rápidamente. —Bien. No importa. Estás despedida. — No puedo arriesgarme a que trabaje aquí, pero si ya no lo hiciera, podría funcionar.

—No puedes despedirme. — replica ella. —Soy una trabajadora temporal.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿Cómo puedo estar obligado a pagar a alguien que no quiero?— Veo a Connor pasando por la puerta. —Connor, entra aquí.

Asoma la cabeza por la puerta. — ¿Llamaste?

—Voy a despedir a esta chica y me dice que no puedo porque es una trabajadora temporal.

Connor toma un poco de aire entre los dientes, una señal segura de que está a punto de decir algo que me cabreará. —Técnicamente no se equivoca. Solo podemos llamar a la empresa de trabajo temporal y decirles que no estamos contentos con la trabajadora que han enviado. Ella sigue siendo su empleada, pero puede ser retirada de estas instalaciones.

Algo dentro de mí se tambalea al pensar que esta chica se ha ido, y ese momento de debilidad solo sirve para endurecer mi decisión. Es demasiado peligrosa para estar en esta compañía un segundo más.

—Entonces que se la lleven. — Hago un gesto con la mano y los despido a ambos, volviendo al informe de la propiedad de March. ¿Qué me está haciendo esta chica en la cabeza? Solo quiero despedirla, pero no quiero que se vaya a ninguna parte.

—No.

— ¿No?— Levanto la cabeza, no muy seguro de haber oído bien a mi asistente.

—No. Esto es una casa de locos con Jocelyn de baja por maternidad y esta es nuestra tercera empleada temporal de la agencia. Si la devolvemos, no tendrán otro sustituto hasta dentro de un mes o más. ¿Hizo Leila algo malo?

*Sí, existe. Es demasiado atractiva, demasiado sexy, demasiado peligrosa para estar aquí en mi oficina, pero no puedo decirlo en voz alta, ¿verdad?*

—No me gusta su aspecto.

El dolor aparece en su rostro mientras la sorpresa se dibuja en las facciones de Connor. Nunca me ha oído hablar así.

—Entonces la mantendré fuera de tu vista. — Tira del brazo de la chica y cierra la puerta en silencio tras ellos mientras salen de la habitación.

Apenas tengo tiempo de arrepentirme de mis decisiones cuando la puerta se abre de golpe y entra una mujer con un gran caftán a rayas y un ramo de globos rosas. Extiende los brazos.

—Cariño. — grita. — ¡Es una niña!

Tira de una cuerda y dos globos estallan. Alguien grita de sorpresa. Lluve confeti. Me aprieto la nuca e intento no gritar mi frustración.

Connor aparece y arrastra a la mujer fuera del despacho. Esta vez la puerta se cierra de golpe. Me pellizco el puente de la nariz y luego cojo el teléfono y marco.

—Aquí Jocelyn.

— ¿Cuándo vas a volver?

— ¿Me vas a llamar todos los días?

—Solo hasta que vuelvas. Estoy de rodillas, Jocelyn.

—Lo dudo. ¿Quieres saludar a tu sobrino?

—No.

—Está bien.

— ¡Espera! Sí, quiero. Enciende el vídeo. — Hay un momento de silencio y luego aparece el rostro de querubín de mi sobrino, Finn. Gorjea de alegría y coloca sus pequeñas manos de estrella de mar contra la pantalla. Su cara se va acercando y difuminando hasta que lo único que veo es un punto oscuro en la pantalla de vídeo. La imagen se inclina y gira y finalmente se vuelve negra.

—Lo siento. Intentó comerse el teléfono. — explica Jocelyn. —De todos modos, Connor me ha enviado un mensaje diciendo que estás siendo malo con la temporal. No seas malo o puede que no vuelva nunca. Parece un ambiente de trabajo hostil.

—Antes no lo era, pero puedo convertirlo en uno. — amenaza.

Jocelyn se ríe. —Pobre niña. Te enviaré un chupete ya que te comportas como un bebé. El otro día compré un paquete de 25 en Amazon. No hace falta que me lo agradezcas, solo sé amable con los empleados. — Con esa exhortación, cuelga.

Dejo caer la cabeza entre las manos. La oficina es un caos, mi polla está dura y una nueva trabajadora temporal ha aparecido para llevarme a la perdición.

# Capítulo 3

LEILA

Para alguien a quien no le importa mi aspecto, parece que mira mucho. Cada vez que sale de su despacho, sus ojos se dirigen directamente a mí. Intento no ponerme nerviosa, queriendo hacerme la interesante. Finjo que no me doy cuenta, pero estoy preocupada. ¿Quién no lo estaría?

El hombre intentó despedirme a los diez minutos de estar en mi presencia. Diría que de conocerme, pero ni siquiera habíamos sido presentados adecuadamente y ya intentó darme la patada. Solo me salvé porque la oficina está muy escasa y desesperada.

No sé qué le hice ni por qué le caigo tan mal. Sé que tengo un problema para mantener la boca cerrada que tendré que trabajar en el futuro. Pero ni siquiera había hablado con él más que unas pocas palabras antes de que empezara a ser un idiota el primer día.

O bien está buscando una razón para reemplazarme o está sobre mí. Sin embargo, no he hecho nada para que me atrape, así que no puede ser lo segundo. Al menos no todavía. Llevo aquí más de una semana. Me estoy acomodando y cogiendo el truco a las cosas. No sabía que una oficina pudiera ser tan ocupada.

A Warren ni siquiera le importa que todo el mundo tenga que trabajar hasta el cansancio. Estaba dispuesto a echarme y a acumular más trabajo. Esto solo cimentó lo que Chris me dijo sobre él. A Warren no le importa nada ni nadie más que él mismo. Hace un trato tras otro, sin importarle la propiedad que pueda estar comprando a alguien. La conclusión es que es claramente su prioridad número uno.

¿Qué diablos quiso decir cuando dijo que no le gustaba mi aspecto? Lo juro, aunque sé que estaba siendo un malvado cara de idiota, tengo que admitir que escuchar esas palabras fue como un puñetazo en las tripas.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Intenté disimular mi dolor. ¿Por qué me importa lo que piensa de mí? Odio que esas estúpidas palabras reboten dentro de mi cabeza. Me doy cuenta de que no tengo una ropa tan bonita como la de todos los demás por aquí con marcas de diseño, pero al menos voy arreglada. Está claro que es un snob que me mira por encima del hombro.

—Leila. — Scott me llama por mi nombre. Es otro de los asistentes. — ¿Vienes esta noche a la hora feliz?

Pego una sonrisa en mi cara. —Por supuesto. — Todos los demás aquí han sido fáciles de conocer. Todavía estoy trabajando en la construcción de la confianza. Todavía no me he topado con nada realmente importante, pero espero que sea solo cuestión de tiempo. No ayuda que Warren esté vigilando todos mis movimientos. Tendré que tener cuidado.

—Leila, necesito que te quedes hasta tarde. — Warren sale de repente de su despacho. Las fotos que he visto de él no le hacen justicia en absoluto. Es aún más guapo en persona. Me gustaría poder decir que odio su aspecto, pero sería una mentira. No dejo de recordarme que su interior no es tan bonito.

—De acuerdo. — acepto, sin tener realmente una opción. Se da la vuelta para volver a su despacho. De toda la gente que hay aquí, ¿por qué quiere que me quede? Creía que el hombre me odiaba. A no ser que lo haga solo para torturarme.

Mi teléfono vibra en mi escritorio.

*Scott: Estaremos ahí durante unas horas. Pásate después.*

*Yo: ¡Intentaré ir!*

Me vendría bien un trago o dos después de esta semana. No es que vaya a tomarme uno. Tengo que mantener la cordura. Tengo que mantenerme concentrada y centrada en la tarea. No puedo permitirme vacilar.

El día avanza y me ocupo principalmente de las llamadas telefónicas o de doblar folletos. También me encargo de llevar los almuerzos y el café de casi todo el mundo. Agradezco que todas las cosas que me han pedido hasta ahora las pueda hacer de verdad. Mi

*Sotelo, gracias K. Cross*

estómago gruñe, recordándome que también me he olvidado de comprarme algo de comer.

Poco a poco, la oficina empieza a despejarse hasta que soy la única que queda sentada en mi mesa. Warren nunca sale de su despacho para decirme lo que tengo que hacer. Está claro que no es tan importante como ha hecho parecer antes. Espero otros diez minutos antes de irritarme y coger mi bolso para irme. Llevo más de cuarenta y cinco minutos sentada aquí afuera y nada.

Cuando paso por su despacho, ni siquiera le veo adentro. ¿Qué demonios? ¿Cómo puede ser que cada vez sea más idiota? Resoplo y pulso el botón del ascensor. Le envío un mensaje a Scott diciéndole que estoy de camino. Al menos podré comer algo. Espero que tengan aperitivos a mitad de precio o algo así.

Entro en el restaurante y veo a todo el mundo en la barra. Scott me hace señas para que me acerque. Todd le dice algo que hace que le dé un puñetazo en el hombro, haciéndole reír.

—Hola. — digo, tomando asiento junto a Scott.

—Me alegro de que hayas podido venir. — empuja su plato hacia mí. Le robo uno de los palitos de mozzarella. — ¿Bebes?

—Tomaré un agua por ahora.

— ¿De verdad?— Me levanta las cejas.

—Tengo un pequeño dolor de cabeza. — miento. Me pide agua antes de sacar un bote de Advil de su bolsa de mensajero y darme dos pastillas.

— ¿Qué haces aquí abajo?— Se me cae el corazón al estómago al oír esa voz profunda. Me giro lentamente para mirar a Warren. Se eleva sobre mí. —Te dije que te quedaras hasta tarde en la oficina.

—Pensé que te habías ido. — Me quita las pastillas de la mano y las tira sobre la mesa. Todos nos miran fijamente. Me pregunto si este es un comportamiento normal o si estoy recibiendo el especial de imbécil extra.

—No se cogen pastillas al azar de la gente. Nos vamos. — Empieza a salir del restaurante, pensando claramente que debería

seguirle. Como no quiero tentar la suerte y que me echen de la oficina permanentemente, cojo mi bolsa y corro tras él.

Mantiene abierta la puerta del ascensor y me deja subir primero. Por una vez muestra un poco de educación. ¿Quién iba a saber que los tenía? Nunca voy a entender todos esos artículos sobre lo gran hombre que es Warren. Supongo que son comprados y pagados por alguna empresa de relaciones públicas o algo así. Realmente no puedes creer todo lo que lees.

El aire en el ascensor se vuelve espeso mientras subimos juntos.

—Cuando te digo que hagas algo, espero que lo hagas. — Ni siquiera me mira cuando da la orden. Realmente no debe gustarle mi aspecto.

—Sí, señor. — digo con mi voz más dulce.

Aspira profundamente. —No lo presiones. — Las puertas se abren un momento después, afortunadamente. Salgo y voy directamente a mi escritorio. Warren va directamente a su despacho. Unos minutos después sale con una carpeta en las manos.

—Necesito tres copias de cada uno de estos contratos. — Los deja caer sobre mi mesa. No me dice nada más. Se da la vuelta y entra en su despacho, cerrando la puerta detrás de sí.

Sonrío, hojeo los contratos y me pregunto si ya tengo algo bueno.

# Capítulo 4

WARREN

—Tomar drogas de alguien que apenas conoces. Qué ingenua. Deberían encerrarla. — Grito en la privacidad de mi oficina. La chica va a acabar secuestrada y encerrada en la mazmorra de algún loco al final de la semana. Es un milagro que haya sobrevivido tanto tiempo sin mí.

Me paso una mano enfadada por el pelo. Si me hubiera hecho caso y se hubiera quedado en la oficina en lugar de ir a comer con sus compañeros, nada de esto habría ocurrido. Es decir, sí, los compañeros de trabajo están a salvo, pero ¿y si ella cenara con alguien más? muestra el sentido de un mosquito.

Quiero salir furioso de mi oficina y darle una paliza hasta que prometa que no volverá a hacer eso. De hecho, no debería aceptar nada de un hombre: ni medicinas, ni una mano para cruzar la calle, ni dinero, nada. No debería hablar con los hombres en absoluto. Ningún contacto con el sexo opuesto. Debería venir a mi oficina y encerrarse adentro, no salir nunca a menos que sea conmigo y con una bolsa en la cabeza para que nadie pueda ver lo hermosa que es. Querrían robarla.

Me derrumbo en la silla del despacho. Los pensamientos que tengo no son normales. Necesito volver a mi antiguo yo, el que no presta atención a las mujeres porque son completamente innecesarias para mi felicidad y mis objetivos vitales. Necesito una distracción y algo de protección, de ella y de mí mismo. Cojo el teléfono y marco.

—Teléfono de Christina Vazquez. No está aquí en este momento, así que...

—Christina. — interrumpo su falso mensaje de voz. —Soy yo. War.

—Lo sé. Reconocí tu número en mi identificador de llamadas. — Se ríe.

*Sotelo, gracias K. Cross*



— ¿Por qué actuaste como si fuera un buzón de voz entonces?—  
refunfuño irritado.

—Para oírte ponerte nervioso. Es gracioso.

Frunzo el ceño ante el teléfono. —Eres una actriz; no una  
comediante.

—Puedo ser ambas cosas.

—Bueno, entonces sé ambas cosas en mi oficina. Te veo en  
quince minutos.

—No puedo. Tengo una cita con mi coprotagonista. El estudio  
quiere que nos fotografíen para publicidad.

—Les enviaré una foto de ustedes dos en la cama.

—No es ese tipo de publicidad. Además, no me voy a acostar con  
este tipo. Tiene mal aliento, y de hecho me merezco un Oscar por la  
forma en que finjo estar enamorada de él.

—Razón de más para dejar su culo y venir a ayudarme. Me estoy  
ahogando.

Cuelgo porque no quiero escuchar sus excusas y me dirijo al  
baño. Leila -la busqué después de que saliera de mi despacho- ni  
siquiera reconoce mi presencia cuando paso. Doy un fuerte portazo a  
la puerta exterior del despacho y observo con sombría satisfacción  
cómo salta y mira hacia mí. Permanezco en el baño de hombres hasta  
que recibo un mensaje impaciente de Christina:

*Estoy aquí. Tu despacho está vacío y la chica nueva parece que va a apuñalarme  
con una engrapadora.*

Me apresuro a salir porque Christina tiene las uñas largas y  
podría herir mi temperamento.

—Oye, guapo. — dice burlonamente cuando atravieso la puerta  
a grandes zancadas. Leila vuelve a ignorarme, maldita sea.

—Vamos. — Agarro a Christina del brazo y la arrastro hasta mi  
despacho. Cierro la puerta, cierro las persianas y me dirijo a mi amiga  
con las manos en la cadera.

— ¿Qué te parece?

*Sotelo, gracias K. Cross*

— ¿Es muy guapa?

— ¿Muy guapa? Es jodidamente preciosa.

—Sí.

—Dilo. — exijo.

— ¿Que diga qué?

—Que es preciosa. Un sueño. Una diosa recreada en este agujero infernal que llamamos tierra.

—Cariño, ¿qué te pasa?

Nada. Ese es mi problema. —Di. Lo.

—Es preciosa. Un sueño. La primavera encarnada llora al verla, por eso siempre llueve en abril.

—Muy bien. Bien hecho. — Estoy apaciguado.

—Gracias. — Christina hace una profunda reverencia. — Hablando más en serio, ¿por qué estamos espiando a tu nueva empleada temporal? ¿Por qué no vas y le dices que tenga una cita contigo? Y he utilizado la palabra 'decirle' a propósito, ya que tú nunca preguntas y siempre exiges.

—No puedo. Estoy construyendo un imperio aquí. No tengo tiempo para mujeres. — Vuelvo a mirar a través de las persianas porque han pasado al menos cincuenta segundos desde la última vez que la vi.

—Puedes sacar tiempo suficiente para llevar a una mujer a cenar. Incluso tú, War, tienes que comer.

—Como en mi escritorio.

—Quizás no te estarías 'ahogando'. — hace signos de comillas con los dedos. —Si pasaras más tiempo fuera de tu oficina. Ser un ermitaño ha erosionado todas tus habilidades sociales. Eres literalmente la persona del refrán que dice que todo trabajo y nada de diversión hace de Jack un chico aburrido.

—Estoy muy entretenido. — gruño, pero en mi interior bulle un núcleo de ansiedad. ¿Soy aburrido? ¿Leila me encontraría aburrido?

—Si tú lo dices, pero aún no has respondido a la verdadera pregunta. ¿Por qué estoy aquí? ¿Quieres que finja ser tu novia? Oh, War. Sí. War. Sí. — grita.

Cruzo la habitación y le tapo la boca con una mano. — ¿Qué demonios?

Mi amiga se ríe y me empuja. — ¿No me pediste que viniera para ponerla celosa y así estimularla a actuar? Cuando me ataque, ¿fingiré que estoy asustada? ¿O quieres que me haga pasar por la perra rica?

—Solo necesitaba una distracción. — digo, volviendo a la pared de cristal. —No puedo permitirme el lujo de verme envuelto en una aventura con una empleada. — Saco una pila de cartas y las tiro sobre la mesa de café. —Te dejaré ganar en el póker.

Christina se aparta de las persianas y se acomoda en el sofá. — Sigo pensando que tiene más sentido que hables con la chica. ¿Quizás no le gustes y rechace tus avances? Entonces puedes seguir adelante.

—Eso es lo que no quiero.

# Capítulo 5

LEILA

Mi estómago se aprieta cuando oigo gemir a la hermosa mujer que ha entrado en el despacho de Warren. Al menos creo que eso es lo que oigo. ¿Qué demonios? No puedo creer que se lo esté montando mientras me hace trabajar hasta tarde. Esto es una mierda.

Este hombre es más imbécil de lo que pensaba. Ni siquiera sé por qué me importa. Solo estoy aquí para una cosa: para conseguir mi venganza. Necesito recordar eso. Que nada más importa. El juego final es en lo que necesito concentrarme. Al final reiré el último.

Decido robar un momento para entrar en el ordenador de Kelly. Su escritorio es el más cercano al mío. Le doy al ratón para activarlo y aparece la pantalla de la contraseña. Cierro los ojos un momento y recuerdo las claves que la vi introducir antes. Me coloco a unos metros detrás de ella, observando cómo introduce su contraseña.

No es tonta en absoluto. Tengo que admitir que su contraseña es bastante compleja en comparación con otras que he visto aquí. Es una mezcla de números y letras. No hay palabras reales, pero eso no me importa. Puedo recordar cada tecla que ha presionado hoy. Si Warren va a hacer que me quede hasta tarde, más vale que valga la pena. Su propio comportamiento de imbécil será parte de su caída.

No estoy segura de lo que debería buscar. Conecto un USB y empiezo a cargar todo lo que puedo en él rápidamente. Aprieto la mandíbula cuando vuelvo a oír burbujas de risa procedentes de su despacho. La mujer me resulta muy familiar, pero no consigo ubicarla.

Saco el USB una vez que he reunido una buena cantidad de información. Lo meto en el bolso, sin querer tentar a la suerte antes de llevar los contratos para que los copien todos. Imprimo uno más para mí. Mi tío va a estar encantado con todo lo que he conseguido en tan poco tiempo.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Tardo más de una hora en imprimirlo todo, y la puerta del despacho de Warren sigue cerrada. Lo apilo todo bien en mi escritorio antes de coger mi bolsa para salir. La irritación aún me corroe al entrar en el ascensor.

Quiero hacerle el día tan pesado como me lo hizo a mí. Cuando salgo del edificio, me dirijo a la parada del autobús. Me detengo en seco cuando veo el estacionamiento y el coche de Warren estacionado a un lado.

Miro a mí alrededor, asegurándome de que nadie me ve mientras me dirijo a él. Busco en mi bolso, saco mi navaja y la clavo en cada neumático. Con cada golpe siento un momento de alivio. Parte de mi ira y mi dolor se liberan de mi interior. Sonrío, sabiendo el gran inconveniente que esto supondrá para Warren. Supongo que también se quedará más tarde de lo que esperaba.

Mi breve momento de alegría dura poco. Casi me hago pis cuando mi propio teléfono celular me sobresalta. Lo cojo, dejando caer la navaja de nuevo en mi bolso, y salgo rápidamente del estacionamiento antes de que nadie pueda verme.

—Hola. — respondo, sabiendo que es Chris. Es el único que tiene este número.

— ¿Conseguiste algo?

—Sí. Al menos, creo que sí. La verdad es que no has dejado claro qué es exactamente lo que buscas. — le digo, esperando que por fin me dé algo más.

— ¿Por qué has llegado tarde de la oficina?— Miro a mi alrededor, preguntándome cómo demonios sabe eso.

—Me pidieron que me quedara hasta tarde. Pero fue bueno. Aproveché la oportunidad en nuestro beneficio.

—Estoy subiendo. — Termina la llamada. Un momento después, un todoterreno negro llega a la esquina y se detiene. La ventanilla se baja para mostrar a Chris. —Sube. — Apenas me subo y se va a toda velocidad. — ¿Qué has conseguido?

—Tengo algunos contratos de los que me hizo hacer copias por alguna estúpida razón. — Saco el USB. —También conseguí un

*Sotelo, gracias K. Cross*

montón de cosas de uno de los ordenadores de las chicas. Me deshice de todas las cosas que pude.

—Lo has hecho bien esta noche. — Su aprobación se siente bien. O tal vez es el hecho de que estoy necesitada de conexión humana. — Hay susurros de un gran negocio que se va a hacer pronto. Warren ha estado mirando astilleros. Nadie está seguro de lo que tiene bajo la manga o con quién, pero quiero saberlo.

—Veré lo que puedo hacer. — Empiezo a pensar que Chris no me da ningún detalle real de lo que tengo que conseguir. No se siente bien, pero no es como si pudiera presionarlo para obtener más.

—Deberías intentar acercarte a él. — Chris se detiene fuera de mi hotel de estancia prolongada. He estado viviendo ahí durante el último mes. — ¿Es un problema?

—No. Estoy en esto. — Trago saliva. No debería preocuparme porque no hay manera de que me acerque a él. Se está tirando a una rubia preciosa y piensa que soy fea. No se lo digo a Chris. Podría sacarme y entonces, ¿dónde estaré? En ningún sitio y sin ningún propósito.

—Todo esto podría complicarse, Leila. ¿Estás preparada para algo así?

—Sí.

—No estoy seguro de que debamos dejar vivir a Warren si logramos este acuerdo. Va a husmear. Solo sería cuestión de tiempo hasta que rastreara todo hasta ti. — Sé que me está midiendo para una reacción.

—Yo...— Intento responder pero no me salen las palabras. —No puedo matar a alguien.

—Todo el mundo es capaz de asesinar. Especialmente una chica joven y guapa que intenta rechazar a su jefe, que no acepta un no por respuesta. — Mi corazón empieza a latir con más fuerza. —Pero hoy no tenemos que preocuparnos por eso. Solo lo mencioné porque pensé que debías saber que está sobre la mesa y para prepararte.

Abro la puerta del coche para salir. Chris me agarra del brazo y me detiene. —Tu padre estaría muy orgulloso de ti.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Gracias. — Lentamente suelta mi brazo

—Este hombre es la razón por la que mi hermano y tu padre ya no está con nosotros. Warren forzó su mano. Le tendió una trampa. Se merece todo lo que le pase, y puedes asegurarte de que nunca le haga a otra alma lo que le hizo a nuestra familia.

Tengo la sensación de que cuando todo esté dicho y hecho, seré yo quien haya perdido mi propia alma.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Capítulo 6

WARREN

—Estos cortes de neumáticos fueron hechos con un pequeño cuchillo, probablemente una navaja. ¿Ves esto?— El guardia de seguridad se pone en cuclillas y señala la línea apenas visible en la goma. —No hace falta mucho para dañar un neumático, no si lo haces intencionadamente. Esto debería ser fácil de parchear para que puedas llegar a casa, pero tendrás que llevarlo a un taller de inmediato.

—Vamos a llamar a una grúa desde aquí.

— ¿Quieres que me quede por aquí?— El hombre mayor da un último vistazo a mi neumático trasero antes de enderezarse y quitarse el polvo de los brazos de su chaqueta de poliéster gris.

—No. No es necesario. — Envío un mensaje de texto al servicio de automóviles para solicitar una grúa y una reparación.

El hombre se levanta la gorra y se rasca la cabeza. —No sé, señor Holmes. Puede que no sea seguro para usted aquí afuera.

Miro por encima del teléfono al guardia. — ¿Por qué dice eso?

—Porque sus neumáticos. — lanza un brazo hacia la parte trasera de mi coche. —Obviamente alguien lo tiene por ti.

— ¿No puede ser solo un vandalismo al azar?

—El tuyo es el único coche que fue golpeado en todo el lote.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que hay un puñado de coches aquí abajo, entre ellos un carísimo Alfa Romeo Spyder que sé que pertenece al presidente de la empresa tecnológica que alquila la planta superior.

— ¿Has mirado las imágenes del circuito cerrado de televisión?

—Sí. Aunque no pude distinguir mucho. La persona era bastante pequeña, y luego un todoterreno negro se detuvo y se llevó a la

*Sotelo, gracias K. Cross*



persona. La matrícula también estaba cubierta. ¿Alguien tiene algún problema con usted, Sr. Holmes?

—Demasiados. — Golpeo mi teléfono contra mi pierna.

—Vamos a poner más cámaras y luces aquí. Si hay algún tipo de banda rondando, no seré yo quien esté en peligro, sino mi personal.

Un pensamiento escalofriante me asalta. ¿Y si Leila fuera atacada?

—Que sea el doble.

— ¿Doblar qué, señor?

—Duplique todas las cámaras. Todas las luces. Quiero que parezca un estadio de béisbol en este estacionamiento. El sol debe ser menos brillante.

—Sí. En ello. ¿Debo reportar esto a la policía?

—Sí, y asegúrate de darles las fotos del todoterreno. Quizá puedan localizarlo por la marca y el modelo.

Mientras el guardia de seguridad se pone en contacto con las autoridades y yo espero el taxi, llamo a Connor. Responde a pesar de que es tarde.

— ¿Hay algún problema?

—Sí, alguien me ha pinchado las ruedas.

—Oh, joder. Llamaré a la policía ahora mismo.

—Ya lo he hecho. Además, voy a aumentar la seguridad ahora mismo y a iluminar este lugar como si fueran fuegos artificiales el 4 de julio.

—Eso está bien, pero ¿por qué me has llamado entonces?

—Necesito la dirección de Leila.

— ¿Quién?

—La chica nueva. La temporal. Necesito su dirección.

Hay un silencio prolongado seguido de una pregunta cautelosa.  
— ¿Puedo saber por qué?

—Claro. No quiero que la acuchille quien me rajó las ruedas. — Los faros rebotan delante de mí, indicando la llegada del taxi.

—Gracias por preocuparte por los demás. — refunfuña mi asistente.

—Eres tan competente que pensé que sería un insulto sugerir que necesitabas mi protección. — Leila, por otro lado, disfrutará de mi atención extra a pesar de todo. No se va a hacer daño en mi guardia.

—Ha sido un buen ahorro. En cuanto a su dirección, la agencia temporal no la proporciona.

—Sé que la tienes. — Connor no es nada si no es meticuloso.

—Bien. Te la enviaré por mensaje de texto, pero no la conseguí por medios legales, así que, por favor, no preguntes y no lo cuentes, por el amor de Dios.

— ¿A quién se lo voy a contar?— Me subo al taxi y le doy la dirección de casa de Leila. Resulta ser uno de esos moteles de estancia prolongada y no uno muy bueno. Entro y alquilo una habitación.

A la mañana siguiente, me levanto temprano, busco una cafetería cercana y desayuno mientras vigilo las puertas del motel. Cuando Leila sale por fin, tiro el dinero en efectivo sobre la mesa y lo reservo en la calle. Se aleja del estacionamiento y baja por la acera hacia la esquina. Una vez ahí, saca su teléfono y comprueba algo. Un taxi se acerca a la acera y empiezo a correr, pero me calmo cuando el vehículo arranca y Leila sigue en la calle. No es hasta que estoy más cerca que me doy cuenta de que está en una parada de autobús.

—Leila.

Se sobresalta al oír mi voz. — ¿Sr. Holmes?

—Sí.

— ¿Por qué está aquí?— Una mano vuela a su cuello.

—Para asegurarme de que llegues a trabajar.

Sus ojos se abren de par en par. — ¿Pasó algo?

—Sí. Anoche alguien me rajó las ruedas. — La agarro del brazo.

— ¿Me estás culpando?— Su voz es aguda, casi histérica.

*Sotelo, gracias K. Cross*

— ¿Por qué iba a culparte?— Llamo a un taxi y la empujo a la parte de atrás cuando uno se detiene. —Es peligroso ahí afuera, así que he venido a acompañarte personalmente a la oficina.

—Si tienes algo que decirme, dilo. — exige. Sus ojos color avellana parecen especialmente dorados en este momento, y están chispeando con algún tipo de fuego interno. Dios, es caliente. Quiero arrastrarla a mi regazo y besarla hasta que se quede sin aliento y mojada.

Obligo a mis ojos a ir hacia adelante. —Lo estoy diciendo. No estás escuchando. Hay alguien que anda acuchillando neumáticos cerca de la oficina y tenemos que reforzar la seguridad. Eres nueva, así que estoy aquí para asegurarme de que llegas al trabajo sana y salva y de que no te apuñalan al entrar. Eso sería malo para mi negocio, y la agencia de trabajo temporal probablemente dejaría de enviarme gente.

— ¿Sabes quién lo hizo?— pregunta en voz baja.

—No, pero lo sabré al final del día y el responsable lo va a pagar caro. — Hago crujir mis nudillos. Esa persona podría haber acuchillado a Leila, así que cuando la encuentre, caerá. —Sin piedad.

# Capítulo 7

LEILA

¿Me está jodiendo? Tiene que estarlo. ¿Por qué si no estaría aquí recogíendome? La chica que ni siquiera puede soportar la mirada. Todavía no estoy segura de cómo manejar esto. ¿Voy a entrar en el edificio y ser arrestada?

Si ese fuera el caso, ¿no habría enviado a la policía a mi habitación? Oh, no. ¿Y si es una de esas cosas internas? ¿Dónde me llevan al sótano y me torturan? Mi mente corre con todas las posibilidades. Tal vez acuchillar sus neumáticos no fue mi mejor idea, pero no puedo volver atrás ahora. Lo hecho, hecho está.

—Relájate, Leila. Te protegeré. Por eso he venido a buscarte. —Pone su mano en mi muslo que estaba rebotando. —También te llevaré a casa esta noche. No es necesario el autobús tan tarde en la noche.

Eso suena realmente prometedor. Debo admitir que parece preocupado y sincero. ¿Por qué se ofrece a llevarme a casa si planea llevarme al sótano de la tortura? Por otra parte, todo esto podría ser un juego mental para fastidiarme, que está funcionando absolutamente.

—Estoy segura de que fueron unos niños o algo así. Mi madre siempre dijo que la ciudad está llena de crimen.

—Entonces no debe estar muy contenta de que vivas aquí. Sospecho que tampoco está contenta de que vivas en un hotel. — En eso tiene razón. Si mi madre estuviera viva, odiaría que me quedara en ese lugar. Pero ya no hay nadie que me cuide. Warren se aseguró de eso. Ese pensamiento me enfurece y hace que los nervios caigan a un lado.

—Está muerta, así que no importa. — Miro por la ventana, deseando que el nudo en la garganta desaparezca. No voy a llorar delante de este hombre. Su mano en mi muslo se tensa.

—Lamento escuchar eso. ¿Qué hay de tu padre...?

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Muerto. — le corto. El coche se queda en silencio.

—Ves. Necesitas a alguien que te cuide. — Aparto el anhelo que tengo de eso. Estoy hambrienta de afecto. Pero no estoy aquí para nada de eso. La venganza es mi motivación, me recuerdo a mí misma. No importa lo guapo que sea Warren.

—Lo he estado haciendo bien por mi cuenta. — No lo necesito en mi trasero haciendo mi trabajo más difícil. —Además, odiaría que tuvieras que mirarme.

— ¿Por qué dices algo así?— Su mano se acerca a mi barbilla, girando mi cara para que le mire. Tengo que admitir que el hombre es mucho mejor que yo en esto. Si no supiera ya lo despiadado que es, realmente creería que está siendo sincero.

—Esas fueron sus palabras, Sr. Holmes. — Por suerte, el coche se detiene frente al edificio y puedo salir de él. Me maldigo por haber sacado el tema. Ahora va a saber que realmente me molestó. No quiero que piense que nada de lo que hace me afecta. Aunque en el fondo lo haga.

No me alejo demasiado de Warren. Acelero el paso cuando entramos en el edificio. Me doy cuenta de que las puertas del ascensor están a punto de cerrarse, así que me deslizo adentro. Hasta que una mano las agarra en el momento justo y se abren de nuevo.

Se pone a mi lado mientras subimos en el ascensor hasta nuestra planta. El ascensor tarda una eternidad, ya que la gente sube y baja. Siento que se está formando una extraña tensión entre Warren y yo. No tengo ni idea de cómo interpretar esto. Chris me dijo que me acercara a él. Aquí está extra cerca, pero no entiendo qué ha cambiado desde ayer.

Soy la primera en salir cuando por fin llegamos a nuestro piso. Salgo rápidamente y me topo con Scott.

—Vaya, Leila. No tienes que lanzarte sobre mí. — dice riendo.

—Lo siento. — La sonrisa desaparece de la cara de Scott.

— ¿No deberías estar trabajando?— Dice Warren desde detrás de mí.

—Claro. — Scott se gira y camina a toda velocidad hacia su escritorio.

—Deberías tener más cuidado. — dice Warren. Vuelve su tono habitual de gruñón.

—Trabajaré en ello. — Me dirijo a mi mesa, necesito un poco de espacio para alejarme de Warren y de esta rareza. Sé que no puedo llamar a Chris y explicarle esto. Si pensara que alguien está detrás de mí, ¿me lo diría?

—Leila. — La mano de Warren rodea mi muñeca. No tengo más remedio que seguirle. Me lleva a su despacho antes de soltarme la muñeca. Cierra la puerta y oigo el clic de la cerradura.

Oh, mierda. Ya está. Me va a torturar aquí y ahora. Seguro que estas paredes están insonorizadas. Veo cómo se da la vuelta lentamente. Tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo. Realmente es una bestia de hombre. ¿Cómo diablos creía Chris que iba a ser capaz de matarlo? Probablemente debería haberle informado de que no podría matar a una mosca. Soy la chica que saca los bichos que encuentro en la casa afuera para liberarlos. Pero esto es diferente me recuerdo a mí misma.

— ¿Quieres dejar de huir de mí cada vez que tienes la oportunidad?— Me quedo parada, sin decir nada. No creo que fuera realmente una pregunta, sino más bien una exigencia. Cuando sus ojos se dirigen a mi boca, todo dentro de mí se derrite.

—Me distraes. — dice finalmente, rompiendo el silencio. —Es por eso que no me gusta tu apariencia. Te llevas toda mi atención. — Gruñe la última parte mientras mi mente se envuelve en lo que está diciendo.

—Pero...— No consigo decir nada porque me agarra. Me atrae hacia su cuerpo y su boca se acerca a la mía. Por un breve momento me inclino hacia él, disfrutando del calor y el confort de su cuerpo. Dejo que todo lo demás se desvanezca mientras introduce su lengua en mi boca.

Un golpe en la puerta me hace retroceder de un salto. Me viene todo a la cabeza sobre la realidad de este hombre. Y lo mucho que me ha quitado.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Vete. — dice a quienquiera que esté al otro lado de la puerta.

—Debería irme. — Intento pasar por delante de él, pero me agarra de la mano.

—Te voy a llevar a casa. — me recuerda antes de soltarme. Abro la puerta y veo a Connor de pie. —Comeremos en mi despacho. — dice a continuación. Los ojos de Connor se abren de par en par y se da la vuelta para marcharse.

Me doy la vuelta para mirar a Warren. —Deberías almorzar con tu novia. — Qué sórdido. Odio lo bueno que fue ese beso. Todavía me hormiguean los labios. Junto con algunas otras cosas.

— ¿Quién?— Ni siquiera puede recordar el nombre de la mujer con la que estuvo anoche. Típico.

—La rubia. — Pongo los ojos en blanco antes de dirigirme a mi escritorio.

Esto es un desastre. Al menos no estoy en el sótano de la tortura, supongo. Al menos todavía no.

# Capítulo 8

WARREN

El sabor de ella me hace caer. Ya no soy Warren Holmes, magnate inmobiliario. Soy los escombros que quedan tras la demolición de un edificio. Necesito llevarla a mi casa y encerrarla en el sótano, aunque no sé si lo hago por mi protección o por la de ella. La de ella. Definitivamente de ella. Es una amenaza para sí misma, que va por ahí con un aspecto sexy y un sabor a pecado.

Golpeo con una mano en mi escritorio. Eso es lo que deberíamos hacer. En este período de incertidumbre sobre la seguridad de los empleados, no podemos tener gente que venga a la oficina. Tenemos que trabajar desde casa.

— ¡Connor!— Ladro en el intercomunicador. —Dile a todo el mundo que se vaya a casa y trabaje a distancia debido a los riesgos de seguridad.

— ¿En serio?

—Sí. Excepto la chica temporal. Necesito cinco copias más del archivo K. — Utilizo el descriptor en lugar de su nombre para que Connor no se dé cuenta de lo que está pasando. Necesito mantenerlo en la oscuridad hasta que tenga su nombre en la línea punteada del contrato de matrimonio, es decir. Es la única forma legal de atarla a mí.

— ¿El expediente K? Eso le va a llevar todo el día.

—Haré que seguridad envíe a alguien a sentarse en la oficina hasta que termine y la acompañe al coche.

—Bien. No voy a discutir porque me encanta el trabajo a distancia. ¡Adióóóóó!

Me distraigo haciendo algo de day trading durante una hora. Después de ganar unos cuantos cientos de miles, apago el ordenador y reviso la oficina. Está vacía y solo oigo el zumbido de la

*Sotelo, gracias K. Cross*



fotocopiadora. Me froto las manos hasta que me doy cuenta de que debo parecer un villano de cómic. Me aclaro la garganta y me meto las manos en los bolsillos.

— ¿Ya has terminado?

—No. — No levanta la vista. La irritación irradia de ella como un escudo protector. Supongo que no le gusta copiar.

—Tendrás que terminar mañana. — No es que lo necesite.

— ¿Dónde está la seguridad?— Sigue sin hacer contacto visual. La parte superior de la fotocopiadora debe ser condenadamente interesante.

Me acerco para ver más de cerca, pero no veo nada más que la bandeja del alimentador succionando papeles en los rodillos.

—Soy de seguridad.

Se pone rígida y aprieta la mandíbula. — ¿Se trata de los neumáticos? Porque si tienes algo que quieras decirme, dilo.

Debería haber sabido que ella era lo suficientemente inteligente como para leer a través de mi estratagema de trabajo a distancia. Bien. No más juegos. —Te quiero.

— ¿Para qué?

¿Quiere que sea específico? Puedo hacerlo, pero no voy a decirle a la cabeza cómo pienso hundir mi polla en su coño. Alcanzo la máquina e inclino su barbilla hacia arriba hasta que sus ojos se ven obligados a encontrarse con los míos.

—Quiero que te quites toda la ropa, que abras las piernas y que me dejes follarte con la lengua hasta que me empapes la cara con tu crema. Quiero que te pongas a cuatro patas mientras te golpeo por detrás. Quiero que te sientes sobre mi polla y me cabalgues tan fuerte que tenga quemaduras en los muslos.

Se queda boquiabierta y podría haber caído al suelo si no fuera porque mi dedo le sostiene la barbilla.

El silencio es incómodo, así que tomo una decisión rápida. —Es hora de ir a casa. — Me acerco a su escritorio y recojo su bolso y su chaqueta. —Vamos. Primero comemos.

*Sotelo, gracias K. Cross*

— ¿Y luego qué?

—Creo que ambos sabemos que quiero que sea el segundo acto.

Cambia de un pie a otro mientras espero impaciente su decisión.

— ¿Vamos a tu casa?

Mi polla no podía estar más dura.

—Sí.

—De acuerdo.

Es casi imposible apartar mis manos de ella, pero si la toco, sé que acabaré follándola en el sucio suelo de un ascensor o bajo la creciente vigilancia de las cámaras de seguridad del estacionamiento.

Se merece algo mejor que eso.

— ¿Qué quieres comer?— le pregunto cuando llegamos a mi coche.

—Me parece bien lo que elijas.

—Italiano entonces. Necesitarás los carbohidratos.

— ¿Para qué?

Aprieto el acelerador. — ¿Para qué crees?

—Solo voy a cenar contigo.

—Y pasar la noche.

— ¿Dormir va a requerir mucha energía? ¿Tienes una cama que vibra? Espera. No respondas a eso. Hablemos de algo que no esté relacionado con lo que pasa por tu cabeza.

— ¿Cómo es posible?

— ¿De verdad trabajas en casa?— insiste, cambiando de tema.

—Sí.

— ¿Como si tuvieras un ordenador y todo eso?

— ¿No tiene todo el mundo un ordenador en casa?

—No. Los ordenadores son caros.

En el semáforo, giro la cabeza para ver bien a Leila. Se aloja en un motel de larga estancia, de los que se alquilan porque tienes mal crédito o la falta de pago inicial te impide alquilar. Su ropa es barata y sus zapatos están rotos. Creo que las puntas y los tacones de sus zapatos negros están coloreados con un Sharpie. No me había fijado antes porque es tan guapa y está tan buena que podría llevar una bolsa de papel y quedaría bien.

Dijo que su madre está muerta, y su padre también. La chica se ha estado ganando la vida haciendo trabajos temporales sin apoyo. Se me revuelven las tripas. Eso es criminal. Es aún más criminal que un delincuente pinchando neumáticos en el aparcamiento de mi edificio.

—Si necesitas usar uno, no dudes en subirte al mío mientras preparo la cena.

— ¿Tú cocinas?

—No, pero soy bueno pidiendo. También puedo poner un plato y cubiertos.

— ¿Tienes una contraseña?

—No. Vivo solo, así que no es necesario. — Aprieto el botón de la verja que custodia el camino de entrada. —Además, tengo esto. — Hago un gesto hacia los dispositivos de seguridad que rodean la fachada de la casa. —Cámaras, acceso cerrado. No hay mucho en mi casa que una persona pueda robar, aparte de algunos relojes y un par de coches. El seguro lo tiene todo cubierto. Además, no es que vayas a hacer nada que me perjudique. — Le doy una sonrisa de ánimo mientras aparco el coche. —Vamos a entrar. El ordenador está en mi despacho, al final del pasillo. Puertas dobles. Paneles de madera. No tiene pérdida.

# Capítulo 9

LEILA

Esto es demasiado fácil. Tan fácil que está empezando a asustarme. Estoy en la casa de Warren en su ordenador personal al que me dio acceso total. Ni siquiera tengo que intentar escabullirme para conseguir información; él me la está dando.

Es imposible que este hombre sea tan tonto. Me cuesta entender qué está consiguiendo con todo esto. Tal vez sea una trampa, pero no puedo dejar pasar esta oportunidad en caso de que no lo sea.

De cualquier manera voy a salir de aquí con algo. Saco mi teléfono y abro Google Chrome. Ya ha iniciado la sesión. Saco su lista de contraseñas y hago fotos hasta que llego al final. Ahora sí que puedo hurgar en sus cosas más tarde sin preocuparme de que me atrapen.

Tomo un par de los archivos más recientes de su escritorio. Saco el correo electrónico y empiezo a poner el de Chris, pero dudo por alguna razón. En su lugar, decido poner el mío y enviármelo a mí misma para mirarlo primero. Me digo a mí misma que es porque solo quiero enviar a Chris cosas importantes, pero no estoy segura de que sea del todo cierto.

Mi teléfono zumba un par de veces, alertándome de que tengo mensajes.

*Chris: Estás en su casa. Buena chica.*

*Chris: Recuerda lo que te dije.*

Su “buena chica” me revuelve el estómago. Realmente quiere que me acueste con Warren. Al principio, pensé que exageraba, pero las últimas interacciones que hemos tenido juntos han dejado claro que quería que utilizara cualquier medio necesario para conseguirle información. Tiro del cuello de mi camisa. Dije que haría cualquier

*Sotelo, gracias K. Cross*

cosa para hacer caer a Warren. Puede que acabe destruyéndome en ese proceso.

—La comida está aquí. — dice Warren desde la puerta. Se apoya en ella. Se ha desabrochado los dos primeros botones de la camisa y se ha subido las mangas. Por una vez parece relajado, y eso lo hace aún más guapo de lo que ya es.

No creo que acostarse con él sea difícil para ninguna mujer. Creo que sería el odio a sí misma que se produce por la mañana lo que sería difícil de manejar. Además, no estoy exactamente segura de lo que hago en ese departamento y probablemente sería terrible en ello. No puedo creer que tenga que considerar nada de esto.

—Genial. Tengo hambre. — Me alejo del escritorio.

No se mueve de la puerta, así que tengo que deslizarme junto a él. Me detiene y su mano se desliza por la parte inferior de mi camisa. Sus dedos rozan mi piel de un lado a otro, haciendo que se me ponga la piel de gallina. Sus ojos se posan en mi boca. Me lamo los labios repentinamente secos.

Juro que parece que va a besarme. Me encuentro inclinada hacia él, deseando el beso. Mi estómago suelta un fuerte gruñido y no sé si maldecirlo o agradecerle que nos interrumpa, pero él sonríe.

—Vamos a comer algo.

Asiento porque parece que no me sale una sola palabra. Retira su mano y agarra la mía para guiarme por el pasillo. No he tenido ocasión de mirar a mí alrededor, así que asimilo lo que puedo mientras nos dirigimos a la cocina.

Su casa me recuerda a una de esas casas montadas. Todo hace juego, y se nota que nada es barato. Pero no hay otros toques personales en ninguna parte. Esto casi parece solitario. Algo con lo que estoy demasiado familiarizada.

—No sabía qué te gustaría. — Señala la isla de la cocina que está cubierta de contenedores de comida para llevar de múltiples lugares. —Si no quieres nada de esto, puedo volver a intentarlo. — ofrece. ¿Por qué de repente está siendo tan dulce y amable conmigo?

—No, esto es más que suficiente.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Saca uno de los taburetes altos para que me siente.

— ¿Bebes?

— Agua está bien. — Me da un plato y una botella de agua. Empiezo a llenar mi plato. — Esta cocina está de muerte. ¿Cómo te las arreglas para no cocinar en ella? — mi madre habría muerto por esta cocina.

— Nunca ha sido lo mío. Solo soy yo, y suelo llegar tarde a casa la mayoría de las noches. — Comienza a llenar su propio plato. — No puedes cocinar donde te alojas.

— Vivo de la comida de las máquinas expendedoras. — me burlo, pero no es realmente una broma.

— ¿Hablas en serio? — Ve a través de mí, lo que me hace preguntarme qué más puede ver. Me encojo de hombros. — Deberías quedarte aquí. — Casi me ahogo con las papas fritas que me meto en la boca como una muerta de hambre. Me pasa el agua para que beba un trago.

— Eres loco. — Sacudo la cabeza. — Y confuso.

— Tiene sentido. Tengo toda esta habitación. Puedo llevarte fácilmente de un lado a otro del trabajo. Es lógico, no una locura.

— Dos problemas ahí. — Levanto los dedos. — Tienes una novia, ¿y has olvidado que no te gusta mi aspecto?

Una mirada tímida cruza su cara. — Es una amiga. Fuimos juntos a la universidad.

— Oh. ¿Ese tipo de amiga?

— ¿Qué significa eso? — Sus cejas se juntan. Oh, Dios mío. Se ve adorable cuando está confundido. Supongo que eso no ocurre mucho.

— Una amiga con beneficios. — Sigue sin atar cabos. — Se acuestan juntos pero no hay hilos de por medio.

— Ella no es mi tipo, y ciertamente no soy su tipo. Es una de las razones por las que nos llevamos tan bien. No intenta clavar sus garras en mí. — No tiene ninguna razón para mentir, y bueno, realmente no debería importarme si tiene novia o no. Debería esperar

*Sotelo, gracias K. Cross*

que la tenga para poder arruinar su relación. Aun así, la irritación que sentía se desvanece.

—Eres el tipo de todas. — Apuñalo un trozo de pollo agri dulce con el tenedor.

— ¿Es así?— Una sonrisa arrogante ilumina su rostro. Pongo los ojos en blanco y me trago la comida.

—Sabes que lo eres. Acabas de decir que las mujeres intentan clavarte las garras.

—No es así. — Coge un trozo de pollo con los palillos y me lo lleva a la boca. La abro y lo cojo, luchando contra la sensación de calor alrededor de mi corazón. Si supiera que estoy tratando de hacer algo mucho peor que clavarle las garras. —Así que te quedarás.

Debería estar saltando ante esta oportunidad. Si Chris supiera que he rechazado esto, perdería la cabeza. Me muerdo mi labio inferior entre los dientes. Me está haciendo algo, y necesito mantener algo de espacio entre nosotros. El problema es que lo que necesito hacer sería mejor sin espacio. Me mira fijamente, esperando una respuesta.

—No me gusta tu aspecto porque me distraes. — Abro la boca y luego la cierro. —No me gustan las distracciones. O no lo hacía antes de ti. — Vuelve a aparecer esa sensación peligrosa y cálida. Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Sé que es Chris, así que lo ignoro.

—De acuerdo. — acepto.

Esta es mi mejor jugada o la peor. Solo el tiempo lo dirá.

# Capítulo 10

WARREN

—Quienquiera que haya hecho el trabajo desde casa debería ser llevado a la plaza del pueblo y apedreado. — gruño en el micrófono del ordenador.

—No tenemos plazas. — dice Connor. Lleva camisa y corbata, pero solo puedo verle los hombros, así que apuesto a que lleva pantalones de deporte. Mi asistente nunca ha estado tan feliz.

—Entonces vamos a traerlos de vuelta. — Lo pongo en el centro también por ser tan jodidamente alegre.

—Tú fuiste el que nos mandó a todos a casa. — me recuerda.

—Parece que quieres que te despidan.

Se pasa dos dedos por los labios en un movimiento de cremallera. Mmmm, dice con los labios firmemente cerrados.

—Sí, tú. — Fue idea mía y, a primera vista, me pareció una genialidad. Sacar a Leila de una zona de peligro y colocarla bajo mi cúpula personal de seguridad, también conocida como mi casa. Aquí, podría pasar tiempo con ella sin interrupciones. Este es, en última instancia, el mayor problema.

Me distrae. No puedo hacer nada porque estoy pensando en si se siente caliente o no lo suficiente, si tiene hambre o debo hacer una orden de comida, si está chupando el extremo de su pluma porque es un hábito o está fantaseando con su boca alrededor de mi polla.

Probablemente sea una costumbre, pero joder, sus labios se verían muy estirados sobre mi polla con las tetas afuera y la mano enterrada entre las piernas. Me pregunto cuánto tardaría en correrse. ¿Se calienta rápido o tarda un poco en avivar su fuego? Estoy contento de cualquier manera.

— ¿Necesitabas algo?— me dice Connor.

*Sotelo, gracias K. Cross*



Me sobresalto al oír su voz. Había olvidado por completo que estaba al teléfono con mi asistente. —Lo siento. Me distraje un momento. Mira, tenemos que atar los cabos sueltos del negocio de los Mason. Por lo que he visto, parece que hay algunas responsabilidades pendientes y que incluso podría haber problemas de propiedad adicionales que tenemos que aclarar antes de poder arreglar ese proyecto. Uno de los contratos de alquiler identifica a un heredero. Vamos a localizarlo, pagarle y seguir adelante.

—En ello.

—Envía también la cartera de Le Monde.

—No me di cuenta de que estabas preparado para eso.

Al otro lado de la habitación, la cabeza de Leila sigue enterrada en los contratos que le entregué. Saqué su currículum para ver para qué la habíamos contratado, y es licenciada en finanzas por Yale. Y la teníamos copiando mierda. Qué desperdicio.

—Voy a hacer que Leila trabaje en ello.

— ¿La temporal?— Connor está sorprendido.

—Tiene un título de finanzas. ¿Por qué no?

—Así es. También es campeona de ajedrez. Me recuerda a la chica de Gambito de Dama.

Recorro con la mirada el pelo rubio de Leila y la boca con arco de Cupido. Hay un parecido, supongo, pero Leila está cien veces más buena. Me vuelve loco lo excitado que estoy por ella. Voy a tener que follarla. Es la única solución. Si no lo hago, el infierno que se está formando dentro de mí va a explotar.

—Deberías dejar de pensar en Leila. — digo en voz baja y enfadada.

Connor toma aire. — ¿Es así?

—Sí. Es jodidamente así. — Desconecto la llamada y miro con mal humor al otro lado de la habitación.

—Siento que tus ojos me hacen un agujero en la parte superior de la cabeza. ¿He copiado algo mal? ¿Tu asistente me está delatando?

Tiene la boca afilada y eso solo sirve para intensificar el dolor en mi ingle. —No. — respondo secamente.

Me mira a través de un velo de pestañas. — ¿Odias tu trabajo? Cada vez que hablas del trabajo, pareces enojado.

—Me encanta mi trabajo.

—Te gusta tanto que estás a punto de romper tu bolígrafo por la mitad y es de plástico, no de madera.

Miro el utensilio de escritura que tengo agarrado entre los dedos. La presión es tan fuerte que mis pulgares están blancos. Ni siquiera me había dado cuenta. Tiro el bolígrafo a un lado. — ¿Eres temporal porque no puedes mantener un trabajo con esa boca inteligente que tienes o por alguna otra razón?

— ¿Quizá alguien te ha rajado las ruedas porque cree que eres un mal jefe por acosarles en el trabajo?— me responde.

—Parece que eso es un sí, te despidieron por tu charla al darte la espalda. Quizás deberíamos traer de vuelta el castigo corporal. Unos cuantos azotes y no serías tan habladora.

— ¿Cuál es tu obsesión con los azotes?

Las palabras salen de su boca antes de que se dé cuenta de que nunca mencioné que su trasero debía ser la parte del cuerpo que debía ser abofeteada. Se pone en pie de un salto. —Oigo... tengo que...

Salto de la silla y atravieso la habitación antes de que pueda escapar. La agarro de la muñeca con un solo movimiento, cierro la puerta con la otra y la vuelvo a pegar a la pared. Tiene los ojos desorbitados y respira entrecortadamente. Le pongo las manos a ambos lados de la cabeza y la enjaulo.

—Si querías que te azotara hasta que no pudieras caminar, deberías haber dicho algo, cariño. Estoy aquí para ti al cien por cien.

—Nunca dije eso. — chilla.

—Debes haber estado pensando en ello. — Me inclino más cerca. — ¿Por qué si no iba a salir eso? ¿Es por eso que eres una mocosa hablantina? ¿Porque quieres que te discipline?— Dejo caer una mano en su cadera. Se estremece bajo mi contacto. Prácticamente puedo

oler su deseo. — ¿Te moja la idea de que te cuelgue sobre mi regazo mientras tus muslos se enrojecen por mi mano?

— ¿En qué otro lugar podrías golpear a alguien? ¿En los dedos de los pies? Por supuesto, sería en el trasero. Es una conclusión natural. — intenta discutir, pero sus mejillas están sonrojadas y su pecho se agita.

—Estoy de acuerdo en que todo esto es muy natural. — Me quito la corbata y atrapo una de sus muñecas con la seda y luego la otra. — Para demostrarte lo buen jefe que soy, te daré una muestra de lo que claramente estás pidiendo.

# Capítulo 11

LEILA

¿Qué demonios está pasando aquí? Además, ¿por qué no intento detenerlo? Incluso cuando me ata las muñecas, no intento resistirme, sino que me dejo llevar por él. Todo mi cuerpo arde de necesidad. Debería detestar a este hombre. Es el enemigo. No tenía nada y aun así me ha quitado más.

Tira de la corbata y me hace avanzar. En un rápido movimiento, me hace girar y empuja todo lo que hay sobre el escritorio. Los papeles y las carpetas salen volando cuando me inclina sobre el lado del escritorio. Nada de esto debería excitarme, pero mentiría si dijera que no lo hace. En realidad, creo que en este momento estoy más allá de eso.

—Warren. — Digo su nombre.

— ¿Sí, cariño?— Su mano recorre la curva de mi culo. Se toma su tiempo como si estuviera memorizando la sensación de mí bajo su mano.

—Deja de llamarme así. — No es que no me guste oírle llamarme así, sino que me hace una mierda rara por dentro. No puede tener un nombre de mascota para mí. Eso es ir demasiado lejos, cruzar las líneas que estoy tratando de poner para mantenerlo a distancia. Sin embargo, sigue pasando por encima de ellas con todos sus toques persistentes.

—Das muchas órdenes para una chica inclinada sobre mi escritorio.

Gimo cuando siento su polla presionando mi culo. Su mano se desliza por debajo de mi camiseta. Sus dedos recorren mi estómago hasta llegar al botón de mis pantalones. Tira, soltando el botón antes de bajarme los pantalones por las piernas.

*Sotelo, gracias K. Cross*

— ¿Es esto lo que tenías en mente? ¿Cuándo no parabas de hablar?— Esta vez, cuando me pasa la mano por el estómago, sigue bajando hasta llegar entre mis muslos.

Me muerdo el interior de la mejilla cuando le oigo soltar una maldición en voz baja. Cierro los ojos. No sé si es vergüenza o timidez, pero no puedo negar que estoy excitada. Mis bragas mojadas son la única prueba que necesitaba.

—Contéstame. — exige.

—Vete al infierno. — Suelto un pequeño grito cuando su mano desciende sobre mi culo. La descarga de dolor me golpea, viajando de alguna manera directamente a mi clítoris. Intento juntar los muslos, pero me atrapa. Utiliza su pie para separar más mis pies.

— ¿Quieres volver a intentarlo?— me pregunta, frotando con la mano el lugar donde ha golpeado. No digo nada. Ni siquiera para decirle que pare. —De acuerdo entonces. — Me baja las bragas, arrastrándolas hasta la mitad de mis muslos. Su mano vuelve a caer sobre mí, esta vez en mi culo desnudo.

El sonido del golpe en mi piel es tan erótico como la sensación de su mano sobre mí. Vuelve a frotarme. Cuando retira la mano, sé que va a azotarme una y otra vez hasta que le responda. El dolor entre mis piernas sigue creciendo sin que haya alivio a la vista. Incluso me empiezan a doler los pechos. Necesito liberarme, pero ¿a cuánto estoy dispuesta a renunciar para conseguirlo?

—No sé por qué lo hago. — suelto. Es la verdad. Nunca he trabajado en una oficina, pero en la cafetería nunca habría hablado con el gerente, y mucho menos con el dueño, de la forma en que lo hago. No debería hacerlo ahora. No puedo perder este trabajo. Eso significaría que he fracasado. Pero aun así empujo y empujo como si fuera una niña que presiona los límites para ver lo que puede hacer.

— ¿Ves? ¿Fue tan difícil?— Su mano vuelve a bajar entre mis muslos, pero solo toma mi sexo. Intento descaradamente presionar su mano, necesitando más. Grito cuando retira su mano, pero un momento después vuelve a bajar a mi sexo.

Jadeo. Todo el aire abandona mis pulmones. No me acaba de azotar ahí. Mis piernas empiezan a temblar. No sé cuánto más podré

*Sotelo, gracias K. Cross*

aguantar. Quiero levantarme del escritorio y atacarlo. Exigirle que termine lo que ha empezado.

—Si hay algo que necesitas, solo tienes que pedirlo, cariño. No tomamos las cosas así como así. — Vuelve a acariciar mi sexo. Estoy tan excitada que puedo sentir mi propia excitación recubriendo el interior de mis muslos.

—Por favor. — exhalo. —Warren. — Abro los ojos y le devuelvo la mirada. Todo en mi interior se detiene por un momento cuando mis ojos se encuentran con los suyos. El deseo y la necesidad que hay en su rostro por mí hacen aflorar un anhelo en lo más profundo de mí ser. Emociones que intento mantener reprimidas lo más posible.

—Eso es todo lo que tenías que hacer. Siempre te daré lo que pidas. — Sus dedos encuentran mi clitoris antes de que pueda abrir la boca y ser una listilla una vez más. Ya estoy tan preparada que no hace falta mucho. La sola presión es casi suficiente para llevarme al límite.

Grito su nombre cuando el orgasmo se apodera de mí. Es como si una ola se abatiera sobre mí, y no puedo recuperar el aliento. No cesa, me sumerge, el placer y la felicidad me consumen. Hacía demasiado tiempo que no experimentaba ninguna de esas cosas. Se me escapa una lágrima.

Mis piernas empiezan a flaquear, pero no caigo al suelo. Warren me mueve. Siento que las bragas vuelven a subir por mis piernas mientras suelta la corbata de mis muñecas. Me levanta fácilmente en sus brazos.

Después de un largo rato, abro lentamente los ojos. Mi cabeza está apoyada en su hombro, sus dedos suben y bajan suavemente por mis brazos.

No ha intentado hacer nada más. Estoy inclinada sobre el escritorio, atada y más excitada que nunca en mi vida. Demonios, más de lo que creía humanamente posible. Probablemente le habría dejado hacer cualquier cosa. Levanto la cabeza y mis ojos se encuentran con los suyos.

¿Qué demonios he hecho ahora? No hay vuelta atrás. He cruzado el punto de no retorno.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Capítulo 12

WARREN

—El papeleo para el acuerdo de Park Hill está casi terminado, y te lo entregaré esta tarde. Tenemos algunas coincidencias con el todoterreno negro que estamos investigando. La policía no es de mucha ayuda, pero el dueño de la empresa de tecnología en el último piso, Maxim alguien, está trabajando en algún tipo de cosa de reconocimiento de caracteres. No lo entiendo muy bien, pero cree que superponiendo las fotos del circuito cerrado de televisión y comparando las formas pixeladas con la base de datos de imágenes podremos identificar de algún modo la matrícula del todoterreno. No creo que se pueda hacer, pero él está bastante seguro. Eso significa que deberíamos poder volver a la oficina en algún momento de la semana que viene, probablemente.

—No hay prisa. — le digo a Connor. —No tenemos ninguna prisa.

—Hace menos de 24 horas estabas enojado porque estábamos trabajando en casa y querías volver a lapidarnos. — grazna.

—Tenía hambre. Hacía tiempo que no comía y mi temperamento se apoderó de mí. Tómame tu tiempo. ¿Conseguiste el juego que te pedí?

—Sí, está en camino.

—Perfecto. — Desconecto la llamada. Me permito recorrer con la mirada a Leila una vez más. Flexiono los dedos, recordando el tacto suave y caliente de ella. Nuestro encuentro de ayer no me había llenado. En todo caso, estoy más hambriento que antes, pero el pequeño juego sexual me ha calmado. Aunque sé que podría haberla tomado, no lo hice. Quiero que su deseo sea igual al mío. Quiero que su necesidad sea implacable para que, cuando la tenga, sea algo que recuerde y desee el resto de su vida.

Estoy jugando un juego largo aquí, negándonos algo que ambos queremos, pero es el movimiento correcto. Todavía hay desconfianza

*Sotelo, gracias K. Cross*

en sus ojos cuando me mira, así como algo más oscuro. Sospecho que podría pasarme cincuenta años explorando sus profundidades y salir siempre sorprendido, y por eso no me precipito. Nos la jugamos, y la expectación que se crea con cada momento que pasa sin que nos demos cuenta dará lugar a algo espectacular. Estoy deseando que llegue, y aunque Leila no lo admita, también está ansiosa. Durante toda la mañana, no ha podido quedarse quieta, moviéndose en su silla, cruzando y descruzando las piernas. Hay un dolor en su interior del que no puede deshacerse por sí misma porque yo lo he puesto ahí y soy el único que puede aliviar ese dulce dolor. Por ahora, sin embargo, creo que necesitamos una distracción.

—Háblame de ti, Leila. ¿Está tu familia cerca?

Su cabeza se levanta bruscamente. — ¿Mi-mi familia?

—Sí. Sé que has dicho que tus padres han fallecido, pero ¿tienes tíos o primos? ¿Hermanos?

Tira el bolígrafo sobre la mesa en la que ha montado su estación de trabajo. — ¿Qué sentido tiene esto?

Mis cejas se juntan. —El objetivo es conocerte.

— ¿Y tu familia? Nunca has hablado de ellos. — Su voz es casi acusadora.

Me froto la oreja. Supongo que tiene razón. —Mis padres viven la mayor parte del año en Miami, en un condominio con vistas al océano. En verano, hace demasiado calor, así que se van a Maine. Aunque en los últimos dos años, mamá ha desarrollado esta cosa por Irlanda. Quiere comprar un castillo ahí. Es un gran punto de conflicto para los dos porque mi padre dice que no. Tengo un tío en Nueva York y una tía en Nueva Jersey. Mis primos están repartidos por la Costa Este. Uno de ellos forma parte del equipo de guionistas de Comic Hour. ¿Has oído hablar de eso?

—Sí, en realidad.

—Entonces habrás oído los chistes de Bitsy. Es muy divertido. Veamos. ¿Qué más?— Junto los dedos y golpeo las puntas. —Tengo treinta y cuatro años, dirijo Hugo Realty. Es el nombre de mi padre. Estuvo en residencial toda su vida y lo pasé a comercial. Soltero. Nunca estuve casado. Nunca quise estar casado. Sin novia aunque

*Sotelo, gracias K. Cross*



tengo algunas amigas como Christina, pero no somos pareja y nunca lo hemos sido. Solo amigos. Tu turno.

— ¿Tienes hambre?— dice inesperadamente. Se pone en pie y se dirige a la puerta de mi despacho. —Voy a preparar un sándwich. Avísame si quieres uno.

Me quedo mirando la puerta vacía con perplejidad. No quiere hablar de su pasado. De hecho, prefiere inventar una mentira sobre sus ganas de comer que contarme una historia personal. Es una maldita bandera roja que me dice que no solo debería echarla de mi casa, sino también decirle a la agencia de trabajo temporal que la acepte de nuevo aunque me ponga en la lista negra. Dejo caer los ojos sobre mi regazo, donde mi polla sigue semidura. No es posible echarla, así que supongo que tendré que encontrar las respuestas a la vida de la chica misteriosa por mi cuenta.

A mitad de camino hacia la cocina, suena el timbre. El mensajero de la puerta me presenta una gran caja y dos grandes sobres. Los sobres están relacionados con el trabajo, pero la caja es mi regalo. Tal vez esto engrase las ruedas, por así decirlo, y consiga que Leila se abra.

Llevo el paquete a la cocina y lo dejo sobre la encimera. Leila me dedica una sonrisa brillante pero muy falsa.

— ¿Sándwich?— pregunta, señalando el pan, la mayonesa y la carne que tiene delante.

— ¿Qué tal si esperas un momento y abres esto?— Le acerco la caja. La mira con aprensión. —No te va a morder, te lo prometo.

Sigue sin moverse, así que corto la cinta adhesiva y aparto las solapas de cartón. Saco una gran caja de madera y la pongo delante de ella.

—Todo trabajo y nada de juego puede convertir a Leila en una chica aburrida. — me burlo y quito la tapa. Dentro de una cavidad forrada de seda están las piezas de un juego de ajedrez de mármol rosa y negro. Saco suavemente a la reina rosa de su lugar de descanso. — Solo lo mejor para la reina del ajedrez.

# Capítulo 13

LEILA

Me quedo mirando el ajedrez y mi corazón empieza a latir con fuerza. Me paso las palmas sudorosas por los muslos, intentando averiguar cómo voy a salir de esta. Una punzada de culpabilidad que no debería sentir me golpea.

—Es precioso. — admito, quitándole la reina. ¿Por qué demonios ha tenido Chris que poner esto en mi estúpido currículum inventado? No sé absolutamente nada de ajedrez. No suelo tardar mucho en captar cosas con mi memoria, pero de esto no tengo ni puta idea. Voy a tener que distraerlo para que no se dé cuenta de que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

Ni siquiera sé el nombre de la mitad de las piezas, y mucho menos cómo se juega. Intento buscar en mi cerebro para ver si soy capaz de recordar algún momento de alguien que haya jugado cerca de mí. Si pudiera recordar, al menos podría coger algunas piezas y fingir, pero me quedo en blanco a cada momento.

—Me imaginé que solo lo mejor para alguien con tus habilidades.

—Bien. — Vuelvo a dejar la reina sobre el mostrador. — ¿Así que sándwich?

Me mira con curiosidad. —Pensé que estarías más entusiasmada. ¿No quieres jugar?

— ¿Contigo?— Sonrío. —Eso sería como disparar a un pez en un barril.

—No me importa perder. Especialmente contra los mejores. — Su sonrisa es genuina. Es tan diferente de lo que pensaba que sería. No deja que su ego se interponga en su camino. Lo he notado mucho con él. Incluso ayer, después de lo que hicimos, no lo había presionado ni se había regodeado. Si no fuera por el pasado o las cosas que sé de él, creo que podría enamorarme de él. Pero lo sé.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Quizá esta noche. — Me encojo de hombros, cogiendo mi sándwich y dándole un bocado.

— ¿Por qué no ahora? Podrías enseñarme algunas cosas. Hace años que no juego.

—He dicho que no quiero. — digo sin querer. Sus cejas se levantan sorprendidas por mi arrebató. —Lo siento. — murmuro. Realmente no estaba preparada para nada de esto.

—Leila. — empieza, pero le corto, dándole otra cosa en la que centrarse.

—No pude conocer a mi padre. Murió antes de que tuviera la oportunidad.

Warren se echa hacia atrás en su silla y deja de concentrarse en el tablero de ajedrez para centrarse en mí. —Lamento escuchar eso. ¿Hace cuánto tiempo?

—Meses. Me perdí de conocerlo por meses. Se suicidó y nunca supo que yo existía. — Extiende la mano y la coloca sobre la mía. Rápidamente retiro mi mano. —Mi madre no me habló de él. Solo me enteré después de su muerte, cuando estaba revisando algunas de sus cosas.

— ¿Te preguntas por qué no te habló de él?— Sí. Todo el maldito tiempo. Durante mucho tiempo pensé que era porque no me quería. Pero según Chris, ese no fue el caso. Tenía que haber una razón para que mi madre me mantuviera alejada. A veces apenas podíamos llegar a fin de mes, pero ella nunca le pedía nada. Ni siquiera la manutención de los hijos. Antes de perderlo todo, parecía que mi padre estaba más que bien.

—No era su decisión.

—Tienes razón. Creo que como pareja estas cosas pueden ser difíciles.

Asiento. —Odio estar enojada con ella ahora mismo. No es lo que quiero sentir cuando pienso en ella.

—No hay nada que pueda decir que te haga sentir mejor, cariño, pero estoy seguro de que tu madre tenía sus razones. Pero tienes derecho a estar enojada, y supongo que ella lo entenderá.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Tienes razón. — Asiento. Ella lo haría.

—No vas a seguir enojada. Todavía estás trabajando en ello, pero un día pensarás en ella y ese enfado no estará ahí.

—No estoy segura de que ese día llegue. — admito. —Todo lo que siento es rabia. Me consume.

— ¿Quieres que investigue a tu padre? ¿A ver qué puedo encontrar?

— ¡No!— Fui demasiado lejos. —No lo hagas. Es lo que es. — Warren comienza a levantarse para acercarse a mí. —Necesito un segundo. — Me escabullo junto a él, dirigiéndome rápidamente por el pasillo para escapar al baño, donde puedo encerrarme y recomponerme.

¿Por qué demonios le dije todo eso? Una vez que abrí la boca, todo salió a borbotones. Se queda sentado y parece preocupado por mí. Abro el grifo y empiezo a lavarme la cara. No me voy a permitir llorar. Tengo una misión que cumplir y debo concentrarme en ella. No puedo permitir que Warren siga distrayéndome.

Cuando Chris se enteró de que estaba aquí con Warren, se puso como loco. Me empuja para que me acerque a él. El problema es que es Warren quien se acerca a mí. También me molestó que Chris quisiera que usara mi cuerpo como un arma. No soy una maldita tentadora.

Eso no significa que no pueda obtener información aún de Warren sin eso. Saco mi teléfono y le envío un mensaje a Chris. Debería haberlo hecho hace horas. Por qué no lo hice, no tengo ni idea. Puede que incluso sea demasiado tarde a estas alturas.

Le pongo al corriente del asunto de Park Hill. Saco el archivo guardado y lo adjunto antes de borrar cualquier rastro de la información de mi teléfono y guardarlo en mi bolsillo. La culpa empieza a comerme viva.

Se filtra desde todo mí alrededor. Culpa por mi padre y no estar en la cima de mi juego. Culpa por lo que podría estar haciendo a Hugo Reality. Warren dijo que solía ser de su padre. Y para mi sorpresa, la parte que peor siento es el hecho de traicionar a Warren. No debería tener ninguna culpa por ello, pero la tengo. No importa cuántas veces

*Sotelo, gracias K. Cross*

me asegure a mí misma que estoy vengando la muerte de mi padre, el sentimiento de culpa sigue presente.

Agarro una toalla para limpiarme la cara. El único momento en que la culpa y la ira no intentan consumirme es cuando Warren me pone las manos encima. El control que tenía sobre mi cuerpo se sentía bien. Fue liberador. Podía dejarlo todo por esos momentos y disfrutar del placer.

Quiero más. Estoy segura de que podría tenerlo, saciarme y esperar el momento, pero me hace sentir más barata de lo que ya me siento.

El problema es que no estoy segura de poder saciarme nunca. Siempre voy a querer mucho más.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Capítulo 14

WARREN

Leila está pálida. Pensé que su negativa a jugar al ajedrez era extraña, como si hubiera tenido alguna experiencia negativa y ahora asociara el juego con malos recuerdos, pero tal vez no se siente bien.

Han sido unos días estresantes, supongo. No todo el mundo se alimenta de la presión. Es hora de sacarla de esta casa.

— ¿Tienes una chaqueta? Solo hay unos sesenta, y voy a sacar el descapotable. Puede hacer frío.

— ¿A dónde vamos?

—A dar una vuelta. Hay una propiedad que compré hace poco, pero necesita muchas reformas y construcciones para los nuevos inquilinos comerciales. Quiero ir a comprobar los progresos. Llámalo un viaje de negocios.

Arruga la nariz con desagrado. Para ser una ejecutiva de finanzas, no tiene mucho interés en cómo se hace la salchicha. La mayoría de mis expertos en números estarían encantados con esta evaluación in situ, aunque solo fuera para decirme que mis números son malos.

—Te compraré un helado por el camino.

Leila corre a buscar su chaqueta. —Quiero uno grande.

— ¿Grande qué?— Me muevo detrás de ella.

—Grande de lo que sea que vayamos a pedir.

Resulta que le gustan las fresas bañadas en chocolate mezcladas con helado. Tiene buen gusto. Es delicioso. Hago que me dé de comer ya que estoy conduciendo.

—Lo grande no es suficiente cuando tengo que compartirlo. —hace un mohín. —Toma, ten un poco más de tu caramelo.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—No está tan bueno como el tuyo.

—Deberías haber pedido el mío entonces.

—Tomo nota. La próxima vez.

— ¿Cuánto tiempo piensas tenerme encerrada en tu casa?— se burla.

—Oh, para siempre. — Y no me río. Ni siquiera cuando sigue riéndose. Pero ya entrará en razón. Todo el mundo acaba por aceptar mi forma de pensar.

Quizá sea el sol o el descapotable, pero se abre un poco de camino al proyecto de la Torre D1. Me habla de su madre y de que la echa de menos. Admite que mi alojamiento es mejor que la habitación del motel de toda la vida.

—Tu microondas no tarda cinco minutos en cocinar un burrito de sesenta segundos. — dice.

—Eso es bueno. Esa cosa me costó tres mil dólares.

— ¿Tres mil dólares por un microondas?— grita.

—Oye, también hace otras cosas.

— ¿Cómo qué?

Me encojo de hombros. —Quién demonios sabe. — Me desvío hacia la entrada en curva y estaciono frente al vestíbulo. La construcción va viento en popa. Cojo un par de cascos del asiento trasero y le pongo uno en la cabeza. —Es lo que ponemos en todas las unidades. De gama alta hasta el final.

—El microondas debería montar el burrito y luego cocinarlo a ese precio. — murmura.

—Si encuentras un aparato que haga eso, avísame. Podríamos hacer un negocio. — Le abro la puerta del vestíbulo y la hago pasar.

— ¿Cómo te metiste en el sector inmobiliario comercial? Dijiste que tu padre se dedicaba sobre todo a lo residencial.

—Sí. Tenía un comprador que era dueño de un centro comercial de cuatro puertas -'puertas' es la forma en que hablamos de los alquileres. Si una unidad tiene sesenta puertas, son sesenta

inquilinos. ¿Me entiendes?— asiente. —Así que era una cosa pequeña con un estacionamiento de concreto agrietado, letreros rotos y una vacante completa. Quería deshacerse de él porque no había podido alquilarlo y los impuestos lo estaban matando. De lo que no se dio cuenta fue de que estaba intentando conseguir el inquilino equivocado. Había tratado de atraer a los básicos como una tintorería y un salón de uñas y un pub, pero eso no era la demostración. Había un parque de patinaje al otro lado de la calle. Los inquilinos debían estar a la altura, así que pedí un préstamo a mi padre, compré la propiedad y recluté una tienda de bicicletas y patines y un local de helados y hamburguesas como anclas. El salón de uñas se quedó porque las madres que dejaban a sus hijos en el parque de patinaje se sentaban dentro, bebían champán y se hacían las uñas.

—Espera, ¿es ese el Wheels Plaza de la 64 y la Universidad?

—Sí. — Siento que mi pecho se hincha de orgullo.

—Esa zona está en auge ahora. Está muy ocupada todo el tiempo.

Sonríó como un niño que recibe una estrella de oro en el jardín de infancia. —Sí, igual que esta zona. Este lugar es bonito, pero le he echado el ojo a una propiedad en el paseo marítimo. Es una joya.

— ¿Es la de Park Hill de la que hablabas por teléfono?

—Sí.

—Pareces emocionado.

—Lo estoy. Esta mierda es divertida. El pastel es limitado. Solo hay una cantidad de bienes inmuebles para vender, así que tienes que esforzarte, ser creativo y saber lo que estás haciendo. Demasiadas veces se mete en el juego alguien que no sabe lo que hace. No los culpo. Los trae alguien que se aprovecha de su ignorancia o de su ingenuidad, o de ambas cosas.

— ¿Y mientras no tengas que ver las consecuencias, entonces no importa quién pierda?— me dispara.

Me tomo un momento porque está cabreada, lo que me pilla desprevenido. Pensaba que estábamos conectando, pero la forma en

*Sotelo, gracias K. Cross*



que me acusa de ser turbio me hace preguntarme si ella o alguien que conocía perdió dinero en un negocio de terrenos especulativos.

—No. Sí importa. Hay gente muy jodida en el negocio inmobiliario y si hay alguien que me parece que está por encima de sus posibilidades, trato de advertirle. Pero mucha gente no quiere ayuda, Leila. Como hace unas semanas o meses, un tipo se suicidó después de haber invertido todos los ahorros de su vida en un plan de inversión para comprar una propiedad hotelera. El tipo que dirigía el esquema no tenía suficiente para el mínimo de la oferta. En lugar de decírselo a sus inversores, huyó con el dinero.

— ¿Este lugar? ¿El que estamos viendo?— Gira en un lento círculo en medio del vestíbulo lleno de polvo. Los cristales se están colocando para los locales comerciales, y los mostradores de mármol de la recepción se instalaron hace dos días. Está tomando forma.

—Sí. Me enteré por el vendedor, de hecho. Es jodidamente triste.

— ¿Qué pasa con el inversor principal? ¿Sabes quién es?

—No lo sé. No me había topado con él en una oferta antes. Sí he oído que tenía algunos inversores más grandes que quieren recuperar su dinero y podrían tener el poder de sacárselo, pero no he seguido la pista de eso.

— ¿Qué pasa con la gente que no tiene el poder de recuperar su dinero? ¿Qué pasa con ellos?

—Leila, cariño, esa gente no debería jugar al juego conmigo entonces.

—Quizá yo tampoco quiera jugar contigo. — Se gira de repente y sale corriendo por la puerta, dejándome con los pies planos y completamente desconcertado. ¿Qué acaba de pasar?

# Capítulo 15

LEILA

Me duele la cabeza. Sin embargo, no es ni de lejos tan malo como el dolor en mi pecho. No tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo aquí. Por un breve momento me pregunté si podría haber estado en el lado equivocado de todo esto. Entonces Warren siguió hablando. Fue la forma condescendiente en que sonrió y dijo que la gente no debería jugar con él. Había sido como un golpe de gracia.

De todos los proyectos a los que podría haberme llevado, fue ese. No estoy segura de si el dolor en mi pecho se debe a eso o a que por un breve momento ya no deseaba estar en el lado equivocado. Me había permitido creer que Warren era el bueno y que mis sentimientos por él estaban justificados. Por suerte, se aseguró de mostrarme sus verdaderos colores, y sé con certeza que estoy haciendo lo que hay que hacer.

Sigo caminando sin saber a dónde voy. Mi teléfono empieza a sonar y el nombre de Chris se ilumina en la pantalla. Contesto.

—Hola.

— ¡Lo hiciste!— grita emocionado al teléfono. —El acuerdo de Park Hill. Se lo hemos robado. Vamos a hacer una jodida matanza con este acuerdo. Si Warren estaba presionando tanto por él, debe conocer su potencial. — Mi sonrisa es débil mientras escucho las buenas noticias. Se lo merecía. Era justo. Tal vez no debería haber jugado conmigo. Eso es lo que me dice mi mente, pero mi corazón me grita algo totalmente distinto.

— ¿Así que he terminado?— Pregunto. Warren estaba tan emocionado cuando habló de la propiedad de Park Hill. ¿Y ahora qué? ¿Simplemente me voy? Aun así, algo se siente inconcluso. Que pierda un contrato puede ser una patada en las pelotas, pero quiero que pierda algo más.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—No, seguimos adelante. Veamos cuántos de estos contratos podemos sacarle. — Me muerdo el labio inferior. —Leila.

—Estoy aquí. No estoy segura de que sea una buena idea. Está cerca de atraparme. — Ya casi lo hizo. Sigue intentando derribar mis muros. Cada vez está un poco más cerca de lograrlo. Mi defensa es una mierda cuando se trata de él. Tampoco es un hombre estúpido. Solo será cuestión de tiempo que se dé cuenta. Y no soy lo suficientemente astuta como para continuar con mi pequeña farsa.

— ¿Lo dejas? ¿Crees que eso fue suficiente justicia para tu padre?— Su tono es duro y lleno de decepción. —Esta es nuestra familia.

—No lo sé. — Estar cerca de Warren se está volviendo difícil para mí también. Por mucho que le odie, también me gusta. Me ha dado placer, algo que no he tenido de ninguna forma en mucho tiempo.

—Lo harás. No te lo estoy pidiendo ni sugiriendo. No querrás que nadie se entere de lo que ya has hecho. ¿Verdad?— Mi mano se tensa sobre el teléfono. Ni siquiera estoy segura de si lo que he hecho es ilegal o no. Quiero decir, ¿puedo tener problemas por tener un currículum falso? No creo que pueda. Lo peor que podría pasar es que me despidieran. Y de todas formas no importaría en ese momento. Pero sí copié información de su ordenador y se la di a Chris. Estoy segura de que eso podría meterme en algún problema.

— ¿Qué estás tratando de decir?

—No seas una niña. Espero más información mañana. — Termina la llamada. Me limpio las mejillas, sin darme cuenta de que he empezado a llorar. Debería salir. Despegar. ¿A dónde podría ir? Cualquiera lugar es mejor que la cárcel, supongo.

Compruebo mi bolso, asegurándome de que al menos tengo la cartera. Puedo dejar todo lo demás. Doy la vuelta cuando el sol empieza a ponerse. Estoy segura de que todo el mundo ya se ha alejado de la vista. Incluso Warren. Me pregunto si habrá salido a buscarme o si habrá vuelto a casa.

Tardo casi una hora en volver; me empiezan a doler las piernas. La única luz proviene de la luna llena mientras me aproximo al edificio. Miro alrededor del edificio y anoto cuando veo madera sobre

una abertura en la que probablemente estén colocando una puerta. Me escabullo adentro, recorriendo el lugar. Utilizo mi móvil como linterna.

Todo este dolor por este estúpido edificio. Sigo deambulando, sin estar segura de lo que estoy buscando. Hasta que lo veo. Miro fijamente la alarma de incendios. Podría ser mi último jódete para Warren. Pongo la mano sobre ella, pasando los dedos de un lado a otro.

Cierro los ojos, respirando profundamente mientras tiro. Abro los ojos cuando la alarma empieza a sonar y los aspersores se activan. El agua cae a raudales sobre mí mientras salgo disparada para escapar.

— ¡Para!— Oigo gritar a alguien. Miro hacia atrás y veo a un hombre con uniforme de seguridad. Mi corazón se desploma cuando sus ojos se fijan en los míos.

Salgo corriendo. El miedo me atraviesa mientras me dirijo al lugar por el que me he colado. Tiro de la madera a un lado, dejándome salir. Mi chaqueta se engancha en algo y me hace retroceder. Mis zapatos mojados hacen que mis pies resbalen y me golpeo contra el suelo, dejándome sin aliento.

La parte posterior de mi cabeza choca con algo duro y mi visión se nubla. Gimoteo e intento levantarme, pero mi cuerpo no se mueve.

—Creo que necesitamos una ambulancia. La tonta se ha hecho daño cuando intentaba escapar. — oigo decir al hombre. Todo empieza a desvanecerse.

Por fin abro los ojos de golpe. Intento incorporarme, pero estoy esposada a un lado de la cama del hospital. Un mareo me golpea, haciendo que el latido de mi cabeza empeore. Vuelvo a caer en la cama, intentando no vomitar.

—Está despierta. — dice alguien. Un momento después, dos policías están de pie junto a mí.

—Tienes que dar explicaciones. — dice uno de ellos. Las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos.

—Fuera. Todos ustedes. Tiene una conmoción cerebral. Pueden hacer esta mierda mañana. Está claro que no va a ir a ninguna parte. — les ladra una mujer con bata a los hombres. —No voy a repetirme.

—Bien. Un agente de policía estará apostado en la puerta.

—Sé cómo funciona esto. No soy nueva aquí. — le replica al policía mientras se acerca al lado de la cama. — ¿Cómo te sientes?— pregunta.

—Terrible.

—Creo que sí. Hemos tenido que ponerte diez puntos en la nuca. — Me encojo. — ¿Necesitas algo, cariño?— Casi parece que le doy pena.

— ¿Puedo llamar a mi tío?— Le pregunto. Mira por encima del hombro antes de sacar su teléfono y dármelo.

—Dos minutos. — dice antes de empezar a revisar las máquinas que me rodean. Busco en mi mente, intentando recordar el número de Chris. Cierro los ojos y me imagino su número en la pantalla de antes. Lo introduzco en el teléfono. Suena dos veces antes de que responda.

—Hola.

—Chris. — Un poco de alivio me golpea. No estoy segura de lo que puede hacer, pero tiene que haber algo.

—Leila. ¿Cómo de estúpida eres?— sisea en el teléfono. Supongo que ya sabe lo que ha pasado. —No me llames mientras estés bajo custodia policial. No me conoces y no te conozco. — Antes de que pueda decir nada más, termina la llamada.

Miro fijamente el teléfono. Me ha utilizado. Todo era cuestión de dinero y nada de familia. Caen más lágrimas cuando me doy cuenta. No tengo a nadie. Echo de menos a mi madre.

Los sollozos empiezan a brotar de mí. No consigo que se detengan. Tiro de mi brazo y empiezo a sentir pánico. Necesito a mi madre, pero no puedo tenerla. Ahora lo he perdido todo.

—Leila. Necesito que te calmes. — dice la enfermera. Me levanto y me quito una venda de la cabeza. La sangre cubre un lado de la misma. Los sollozos no cesan. No puedo respirar.

Voy a por la vía del brazo, pero un hombre con bata me agarra de la muñeca y me detiene. Me retira la mano y me sujeta con fuerza.

—Se está poniendo morada. — dice el hombre que me sujeta la muñeca.

—La tengo. — Muevo la cabeza hacia la mujer y veo cómo introduce algo en la vía. Al instante, empiezo a relajarme y mi cuerpo se deja llevar. Mis ojos se sienten pesados mientras empiezo a deslizarme hacia la oscuridad.

Donde siempre estoy sola.

# Capítulo 16

WARREN

— War, aquí. — ladro en el teléfono.

—Warren, lo siento...

— ¿Aún no la has encontrado?— interrumpo.

Connor suspira. —No. Todavía estamos trabajando en eso, pero tengo que decirte que el asunto de Park Hill...

—Connor, me importa una mierda el trato de Park Hill...

—Lo perdimos.

Eso capta mi atención. —Espera, ¿qué?

—Lo perdimos. — repite.

— ¿Cómo lo perdimos? El trato estaba hecho. Se estrecharon las manos. Se hicieron promesas.

—Los contratos no se firmaron.

—La palabra de un hombre es su...

—Seguro, lo sé. Pero Joe Rees consiguió una oferta de último momento, y era un dos por ciento más alta que la tuya, así que la aceptó.

— ¿Dos por ciento?

—Sí, lo sé. Es un margen mínimo. Es casi como si supieran cuánto ofreciste y lo subieran lo suficiente para que Rees te dejara tirado.

—Eso es una mierda. ¿Quién fue el postor de última hora?

—Alguna LLC comercial. Estamos rastreando quién está detrás, pero el rastro de papel es denso. Alguien está ocultando su identidad a propósito. El agente registrado es alguna compañía que ofrece ese servicio fuera de Delaware y la sede corporativa está en Barbados.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Así que una cáscara. Una empresa falsa.

—Probablemente.

— ¿Por qué querrían la propiedad de Park Hill? Ni siquiera tiene acceso al paseo marítimo sin pasar por mi edificio de al lado. Soy el dueño de todos esos derechos minerales. — me enfurezco.

—Lo sé. Es una jugada tonta, y van a tener que pagar una tasa de acceso, que se comerá sus márgenes. Por eso parece que va dirigido a ti.

—Perfecto. — comento con sarcasmo. —Que un imbécil se gaste todo su dinero en conseguir una venganza vacía es exactamente lo que necesito en este momento. Puedo sobrevivir a la pérdida de Park Hill, pero que me aspen si el otro sale indemne. Sigue indagando y descubre la cara detrás de todas esas incorporaciones. Habrá una persona real en alguna parte. No me llames a menos que se trate del comprador o de Leila. — Desconecto y sigo conduciendo. Es una locura por mi parte pensar que voy a encontrarla en la calle, pero no puedo quedarme de brazos cruzados. Ni un minuto después, es Connor de nuevo.

— ¿Comprador o Leila?

—Ninguno de los dos. — Suena sin aliento.

—No quiero oírlo. — Me inclino para colgar cuando dice: —Es la Torre D1.

La alarma se dispara en mi sangre. En la Torre D1 fue donde vi por última vez a Leila. Huyó del edificio y se subió a un taxi antes de que pudiera llegar a la puerta. Algún imbécil había movido mi coche y tardé diez minutos en encontrarla. En ese lapso de tiempo, Leila desapareció. — ¿Qué pasa con ella?

—Una mujer entró, activó la alarma de incendios y se lesionó. Apuesto a que va a intentar demandarnos. Voy a ir al hospital ahora mismo a ver si puedo conseguir que acepte un acuerdo nominal a cambio de no presentar cargos.

—No. Yo lo haré. Tienes que seguir buscando a Leila y al comprador de Park Hill. — Hago un giro brusco a la derecha. —El hospital está a solo cinco minutos de mí. — Echo un vistazo al



horizonte. —Puedo ver la parte superior del edificio. Llámame si algo cambia.

—De acuerdo. Hay policías en la puerta. Les avisaré de que vas a llegar. — dice, con la voz llena de alivio.

Lanzo mis llaves al valet y me apresuro a entrar. Quizá esta mujer esté relacionada con el comprador del proyecto de Park Hill. Parece que una persona empeñada en vengarse sería del tipo que también intentaría destruir mis propiedades existentes. Connor me manda un mensaje de texto con el número de la habitación del paciente y, afuera de la puerta, muestro mi identificación al policía.

El policía me devuelve el carné. —Está sedada ahora mismo. No sé cuántas preguntas puede responder.

—Será mejor que lo intente. Si algo es útil, podrás irte a casa.

Eso lo anima y se hace a un lado. —Hazlo.

No he dado ni tres pasos en la habitación y el horror me invade. Leila yace sobre las sábanas blancas del hospital, con el brazo esposado a la barandilla. Tiene un monitor pegado al dedo índice y el susurro de la máquina de oxígeno hace clic y gira en el fondo. Se me humedecen las rodillas y me veo obligado a agarrarme a la barandilla de la cama para mantenerme en pie.

— ¿Qué demonios, Leila?— Mi voz es ronca mientras las emociones de rabia y miedo raspan mis entrañas. — ¿Qué haces aquí?

No responde. No consigo nada, ni siquiera un movimiento de ojos. Algo no encaja aquí. Algo no está bien. Retrocedo hasta la puerta y agarro al agente por el hombro.

— ¿Por qué está aquí?— Pregunto. — ¿Por qué está esposada a la cama?

— ¿La conoce?— pregunta el hombre, con las cejas fruncidas.

—Sí, es mi puta novia. Quítale las esposas ahora mismo o te vas a enfrentar a una puta demanda. — Lo arrastro hasta la cama.

Me sacude. —Señor, esta mujer fue sorprendida haciendo vandalismo en su edificio. La tenemos detenida hasta que pueda ser

acusada de allanamiento, intento de incendio, asalto a un agente de policía...

— ¿Asalto a un oficial?

—Intentó huir y...

—Quiero que le quiten las esposas ahora mismo. Ella estaba en esa propiedad con mi permiso, y obviamente la asustaste, haciendo que se lesionara. Así que, a menos que tú y la ciudad quieran ver una demanda que les quite la pensión, sacarán la llave de su bolsillo ahora mismo, joder. — Estoy a punto de cometer un crimen propio.

—No hay necesidad de ser un imbécil al respecto. — refunfuña el oficial. —Tu funeral si ella trata de herirte.

—Está conectada a una máquina de oxígeno y sedada. ¿Qué va a hacer? ¿Disparar misiles mentales contra mí?

El oficial se encoge de hombros. —Su funeral entonces.

Me deja atrás. Su muñeca tiene una leve marca roja donde las esposas abrasaron su piel.

—Maldita policía. — murmuro y busco a mi alrededor alguna loción. Encuentro una mierda fina en el baño y me lleno la palma de la mano con ella. Me apresuro a volver a la cabecera y le froto la crema en la muñeca y los brazos. Se siente frágil y vulnerable. Debe haber vuelto a la torre D1 y no me encontró, así que activó la alarma de incendios, ¿no? Ella no fue la persona detrás del trato de Park Hill. No me mentiría así. No me dejaría tocarla, amarla, atesorarla si todo lo que quería era ponerme de rodillas... ¿o sí?

# Capítulo 17

LEILA

El sonido de los pitidos es lo primero que oigo cuando empiezo a despertarme. Todo vuelve a mí como un maremoto que me saca el aire de los pulmones. Ya no siento las esposas en mí. Abro lentamente un ojo, pero lo cierro rápidamente cuando veo a Warren sentado junto a la cama del hospital. Tiene la cabeza gacha, mirando al suelo.

¿Por qué está aquí? ¿No debería estar bajo custodia policial o algo así? Enfrentarme a él suena más aterrador que la prisión.

— ¿Cómo estamos aquí?— Oigo a una mujer preguntar.

—Todavía está fuera. ¿Seguro que no le has dado demasiado? Es tan pequeña.

—No. Puede que esté agotada. Estaba llorando a mares antes de empezar a tener un ataque de pánico. ¿Son normales en ella?

—No lo sé. — Su voz suena derrotada.

—Oh. Creí haberte oído decir que era tu novia.

—Creo que hay muchas cosas que no sé sobre ella.

—Bueno, todo está claro por este lado. Cuando se despierte, es libre de irse. — ¿Libre para irme? ¿Cómo es eso posible? Debe referirse a un punto de vista médico. Porque después de lo que hice, no hay manera de que la policía me deje salir de aquí.

Creo que oigo a Warren moverse. Un momento después su pulgar roza mis labios.

—Ella no va a ir a ninguna parte. ¿Verdad, Leila? Sé que estás despierta. — Mierda. No puede demostrarlo. ¿Y si me quedo aquí tumbada para siempre y me hago la dormida? Tendría que cansarse después de un tiempo y rendirse. —Abre los ojos o te entregaré de nuevo a la policía.

*Sotelo, gracias K. Cross*

No estoy tan segura de que sea una idea terrible. Podría ser más fácil que tener que enfrentarme a él y admitir la verdad. Sin embargo, sé que nunca podría hacerlo en la cárcel. Así que abro los ojos.

Se me corta la respiración cuando mis ojos se encuentran con los suyos. Parece agotado. Espero que empiece a gritarme, pero solo me mira fijamente.

— ¿Por qué?— dice finalmente tras un largo y tortuoso momento. No sé si debo sentirme culpable o no. Chris me ha utilizado y todo lo que me ha dicho puede haber sido una mentira.

—Mi padre es Dan Parson.

Me mira fijamente y eso es aún más doloroso. El nombre no se registra. Mi padre era así de intrascendente, una mera víctima en el juego de la guerra, de alto riesgo y de mucho dinero.

—Era uno de los que no debería haber jugado el juego. — Le arrojo las palabras de War a la cara. —Un inversor que no podía permitirse perder.

—Así que hizo todo esto a propósito. — No creo que sea una pregunta. Se pasa la mano por el pelo. Se da la vuelta, dándome la espalda. — ¿Acaso Leila es tu verdadero nombre?

—Sí, pero mi apellido es Brooks. — admito. ¿Qué importa a estas alturas? No tiene sentido esconderse, y estoy segura de que a estas alturas podría averiguar fácilmente todo sobre mí si quisiera.

— ¿Cómo sientes la cabeza?— Se da la vuelta para mirarme.

—Bien. — La verdad es que lo había olvidado. Me pregunto cuánto tiempo había estado fuera. Miro hacia la puerta y veo a dos policías de pie en el pasillo.

—Ojos aquí, Leila. — me dice. Todo mi cuerpo se paraliza por un momento. Su tono es el mismo que cuando me azotó. —Tienes dos opciones. Te vas a casa conmigo o vas a la cárcel y presento cargos. — Cruza los brazos sobre el pecho.

Abro la boca pero la cierro. ¿Cómo puede funcionar eso? No puede retenerme, ¿verdad? Sería más fácil escapar de él que de la policía, supongo.

— ¿Por qué?— Pregunto. ¿Qué sentido tiene llevarme a casa?

—Todavía no hemos terminado.

—Estás despierta. — La enfermera de antes que me dejó usar su teléfono entra en la habitación. —Te tengo esto para que te cambies.  
— Pone algunas prendas sobre la cama.

—Gracias.

—Hemos hecho el papeleo del alta, así que eres libre de irte cuando quieras. No es que tengas que apresurarte. — Le echa una mirada a Warren antes de volver a salir de la habitación.

Nada de esto tiene ningún maldito sentido. No sé por qué está haciendo esto.

— ¿Qué va a ser, Leila?

—No creo que realmente tenga una opción. — digo secamente.

—Tú hiciste esta cama. — Se inclina cerca. —Ahora vas a acostarte en ella. — Se echa hacia atrás. ¿Se supone que eso debe asustarme? Porque eso no es lo que hizo. De hecho, hizo exactamente lo contrario. Me muerdo el interior de la mejilla. Mi cuerpo siempre tiene todos estos deseos cuando Warren está cerca de mí.

—Vístete. Voy a despedir a la policía. — Sale a grandes zancadas de la habitación, cerrando la puerta detrás de sí. Me siento y hago lo que me ha dicho por una vez. No sé exactamente cómo Warren va a conseguir despedir a la policía, pero de alguna manera lo consigue.

Incluso consigue salir conmigo. Ni una sola persona dice una mierda mientras subimos al coche. Me quedo mirando por la ventana. Se acerca y me pone el cinturón de seguridad antes de arrancar.

— ¿Quién te ha ayudado a hacer esto?— No respondo. — ¿No vas a responder a mis preguntas?

Me encojo de hombros. No tengo ni puta idea de lo que debería hacer. Cuanto más me pesa esto, más pienso que Chris me mintió sobre las cosas. El sentimiento de culpa empieza a atormentarme. Mis ojos se llenan de lágrimas. Mantengo la cara apartada, no quiero que las vea. Pensé que estaba vengando la muerte de mi padre, pero lo

único que estaba haciendo era el trabajo sucio para Chris. ¿Cómo pude ser tan ingenua?

Intento controlarme mientras entramos en la casa de Warren. La puerta se cierra con un fuerte clic detrás de nosotros.

— ¿Cómo está tu cabeza?— vuelve a preguntar. Me sorprende que le importe. Estoy bastante segura de que solo estoy aquí para un interrogatorio de algún tipo. Creo que tal vez debería poner todas mis cartas sobre la mesa. Averiguar qué le pasó realmente a mi padre.

—Bien.

—Bien. — Me agarra de la muñeca y de repente me arrastra a la sala de estar principal.

— ¿Qué estás haciendo?— Intento retirarme, pero es inútil. Dejo escapar un grito cuando me rodea la muñeca con su corbata.

—Puedo hacerte hablar, Leila.

Lo fulmino con la mirada. —Será mejor que no lo hagas.

Sonríe, dándome la vuelta para doblarme sobre el sofá.

—Warren. — intento y siseo. Me baja los pantalones de un tirón y el aire frío me golpea las piernas.

Un gemido me abandona cuando su mano me acaricia suavemente. No puedo ocultar que estoy excitada. Ya siento que mis muslos se humedecen con mi necesidad. Sin embargo, intento resistirme.

— ¿Qué vas a hacer? ¿Azotarme hasta que no pueda soportarlo?— Le miro por encima del hombro.

—Te voy a dar unos azotes. Eso es un hecho. Pero no es así como voy a conseguir que hables. — Su mano se desliza por mi muslo. Un sonido procedente de su interior suena casi como un gemido cuando siente lo mojada que estoy.

Intento empujar su mano hacia abajo, necesitando la presión. Dos dedos rozan mi clitoris antes de que retire su mano.

—No. — gimoteo, necesitando que continúe con lo que estaba haciendo.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Así es. Te haré rogar que me cuentes todo. — Cierro los ojos con fuerza, sabiendo que tiene razón.

La pregunta es ¿qué pasará después de que obtenga todas las respuestas que quiere de mí? ¿Me dejará de lado como hizo Chris? ¿Por qué siento que si lo hace va a doler mucho más?

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Capítulo 18

WARREN

Los únicos sonidos en la habitación son sus fuertes respiraciones y el eco del golpeteo de la carne sobre la carne. Sus redondas nalgas se estremecen en mi regazo.

— ¿Qué quieres, Leila? ¿Quieres más de esto?— Levanto la mano y veo cómo se tensa, anticipando el siguiente golpe. Estaba llorando porque la azotaría hasta que se rindiera, pero eso no es un castigo. Lo desea tanto que su jugo está goteando fuera de ella. Levanto mi mano en el aire por encima de su culo rojo. —No más hasta que empieces a hablar.

—No tengo nada que decir. — replica. Sus palabras son agudas, pero hay un temblor sospechoso en su tono, y no estoy seguro de si es miedo o deseo. Podría ser una mezcla peligrosa.

Antes estaba enojado. Enojado porque me engañó. Enojado por haberme dejado engañar, pero a través de esa furia, vi su terror. No tenía miedo de que la golpeará, sino de algo más, pero no quiere admitir qué es.

Si la follo, en cuanto se le pase el orgasmo, volverá a tener la boca cerrada como siempre, y volveremos al punto de partida, así que no puedo ceder. No importa lo dura que esté mi polla. No importa lo doloroso que sea el dolor. Por mucho que quiera separar sus piernas y penetrar en su coño caliente y húmedo, no puedo ceder.

—Si quieres más de esto, más de mí, entonces tienes que someterte, Leila. No voy a darte mi polla si me estás ocultando secretos.

—No sé lo que quieres.

—Todo. Lo quiero todo. Quiero saber quién es esa persona a la que me has vendido. También quiero saber qué es lo que más te gusta desayunar, qué colores prefieres, en qué lado de la cama duermes. Quiero saber si quieres un hijo o cinco o algún número intermedio, y

*Sotelo, gracias K. Cross*



qué tamaño de diamante quieres en tu dedo. Quiero saber por qué te resistes tanto a mí, a hablar, a robarme mis planes, a vendérselos a otro, pero vuelves y me dejas amarte. Quiero saberlo todo. — La levanto de mi regazo y la enderezo para que pueda mirarme a los ojos y alejarme. —O hablas o te vas. — Señalo con el dedo hacia la puerta. —La salida está ahí mismo si no puedes ser sincera. — Contengo la respiración. No tengo ni puta idea de lo que haré si intenta salir de aquí. Podría perder la cabeza.

Toma aire y me pongo tenso por el miedo de que se vaya.

— ¿Por qué cinco?— suelta inesperadamente.

— ¿Por qué, qué?

—Cinco. ¿Por qué cinco es el límite máximo? ¿Por qué no ocho o diez hijos? Tienes suficiente dinero aquí. — lanza un brazo. —Para tener todo un equipo de fútbol.

Me relajo un poco. —Estaba pensando en ti, cariño. Un equipo de fútbol parece que haría estragos en tu espíritu. Podemos tener todos los que quieras.

Su labio inferior tiembla, y sus manos vuelan para cubrir sus ojos. —Tú mataste a mi padre, y por eso tuve que vengarme de ti. — un sollozo la abandona.

— ¿Yo maté a tu padre?— ha dicho que su padre era un inversor que no podía permitirse jugar al juego conmigo. Su padre debió involucrarse en uno de esos negocios turbios, perdió todo su dinero y se suicidó. *¿Qué pasa con la gente que no tiene el poder de recuperar su dinero? ¿Qué pasa con ellos?*— preguntó. Le dije que esa gente debería estar en la cuneta. No era una pregunta retórica, sino una que tenía un gran significado para ella. Me siento como un imbécil y un tonto. —Cariño, lo siento. — Atraigo su cuerpo desamparado hacia el círculo de mis brazos. Entierra su cara en mi cuello. La humedad en mi piel aumenta mi sentimiento de culpa.

— ¿Fue el trato de Park Hill?

Asiente.

— ¿Tu padre invirtió?

Vuelve a asentir.

— ¿Y yo gané la licitación y él perdió su dinero con algún intrigante?

Otro asentimiento.

—No estoy enojado contigo. Los tratos van y vienen. Fue el hecho de que no hablaras, que te escondieras de mí. No podemos tener nada significativo si tienes secretos. Lo entiendes, ¿no?

—Sí.

— ¿Quieres contármelo todo para que pueda azotarte porque te pone cachonda y no porque creas que has hecho algo malo?

— ¿Por qué no estás enojado conmigo? ¿Cómo sé que no estás haciendo esto para averiguar toda la información y luego dejarme?—  
llora.

—Uf. Tenemos que crear un poco de confianza entre nosotros. Supongo que no puedo hacer otra cosa que demostrarte que estos edificios no significan nada para mí. Lo que importa es la gente. Cariño, cerraré toda mi oficina porque pensé que había un tonto loco con un cuchillo que podía hacerte daño. En este negocio, vas a perder tratos. Es así, pero si el trato se redujera a ti o a una docena de hoteles Park, te elegiría un millón de veces. Eres insustituible. Nadie que haya conocido me conmueve como tú, y no hablo solo de ponerme la polla dura. Estoy hablando de aquí. — Golpeo mi puño contra mi corazón. —Es una cosa de fe, y no puedo hacer que me creas. Solo puedo pedírtelo.

Leila se aparta, se limpia el dorso de las manos contra las mejillas y empieza a hablar. —Fuimos mamá y yo durante toda mi vida, y luego ella murió. Yo era un desastre cuando la perdí. Cuando revisé sus cosas, encontré un diario. En el diario ella escribió sobre mi padre. Fui a buscarlo porque...— aprieta los labios para contener un sollozo. —Porque me sentía sola. No tenía a nadie. Chris Parson es mi tío. Me dijo que mi padre se suicidó porque tú lo engañaste y que yo podría vengar a mi padre haciéndote caer. No tengo una educación de la Ivy League y no sé jugar al ajedrez. Soy una camarera. Eso es todo lo que he hecho. — Me mira fijamente, con una mirada mitad

desafiante y mitad herida. —Ahora ya sabes la verdad. ¿Qué vas a hacer?

Enrollo mi mano en su pelo y acerco su cara a mi boca. — Primero, voy a amarte como nunca has sido amada antes, y segundo, vamos a encontrar a Chris y a darle una paliza.

Planto mi boca contra la suya y hago la guerra con mi lengua. Rodea mi cintura con sus piernas y aprieta su núcleo contra mi dolorosa polla. No duraré mucho tiempo así. Levantándome, la llevo por las escaleras hasta el dormitorio, sintiendo el roce de su sexo con cada insoportable paso. La dejo caer en la cama y la despojo de toda la ropa hasta que queda desnuda sobre las sábanas. Me quito la ropa y me arrodillo entre sus piernas.

—Tu coño necesita un poco de amor antes de que introduzca mi polla o te va a doler. — Dibujo mi dedo por la costura de su coño. — Eres pequeña aquí.

—Tengo dudas de que vayas a caber. — mira con una pizca de inquietud la varilla que rebota en el aire entre nosotros. Gracias a Dios que no protesta.

Tomo su mano y la envuelvo alrededor de mi pene. —No se va a reducir, cariño. Es mejor que te acostumbres. Frótala con fuerza. No seas tímida.

Saco un poco de esencia de su coño y me mojo la polla. —Así. — Encierro mi mano sobre la suya y le muestro cómo me gusta: un poco duro, un poco apretado, con mucha atención a la cabeza de la polla. Sus dedos no pueden cerrar la distancia alrededor de mi miembro, pero sigue siendo la mejor paja que he tenido nunca. Su pequeña lengua asoma entre sus labios mientras se aplica a masturbarme.

—Eres una buena alumna. — me ahogo. El deseo me saca el aire de los pulmones. Me suelto de su agarre antes de gastar mi semilla en su vientre.

—No había terminado. — hace un mohín.

—Pero estaba a punto de hacerlo, y siempre lo primero es para las damas.

Sus ojos se estrechan. — ¿Qué otras damas?

*Sotelo, gracias K. Cross*

Deslizo mis manos bajo sus caderas. —Es un dicho. No hay más damas que tú.

—Más vale que no sea así o tus neumáticos no serán lo único que raje.

Me detengo a un centímetro de su clítoris. — ¿Estás diciendo...?

Se tapa la boca con una mano al darse cuenta de lo que acaba de confesar. —Vas a echarme ahora, ¿verdad?

—No. — gruño. —Pero probablemente te encerraré.

— ¿Tanto te gustan los neumáticos?— Su labio inferior tiembla.

—Joder, cariño, raja todos los neumáticos, raya todos los coches. No me importa. — Lo que importa es que estoy a punto de probar el cielo. Llevo su coño a mi boca y como el fruto del paraíso. He querido hacer esto desde el día que la vi en mi oficina. La devoro como el hombre hambriento que soy. Se retuerce en mis garras mientras la azota con mi lengua.

—War...— gime.

O tal vez dice algo más. No lo sé, pero me aplico. Si ella es la mejor alumna, yo tengo que ser el mejor profesor, dándole la mejor lección de su vida.

Sus caderas se agitan y se retuercen mientras me deleito con su clítoris, chupo sus labios hinchados y le meto la lengua en su canal caliente. Sus dedos se clavan en las sábanas, tirando y retorciéndose mientras busca su dulce liberación. Presiono con más fuerza, le meto la lengua más profundamente, la beso durante más tiempo hasta que su esencia brota sobre mi cara, mojando mis mejillas, mis labios y mi barbilla. Mi propio nombre suena en mis oídos mientras se deja llevar por el orgasmo.

—Más, War, dame más. — grita.

Vivo para servir. Tomo mi polla dura como una roca y coloco la cabeza de la polla en su hinchada entrada. A pesar de estar tan resbaladiza como la mierda, está más apretada que un tambor. Jadea, medio por sorpresa, medio por placer, cuando mi polla la perfora.

— ¿Más?— Pregunto, el diablo en mi voz.

—Sí. — Es tan perversa como yo.

—Muy bien, chica mala, aguanta. — Me lanzo hacia adelante, tomándola rápido y bruscamente. El hambre me impulsa.

Sus gritos se convierten en súplicas cuando el dolor se convierte en un placer insoportable. Su sexo está apretado, caliente y húmedo. Se agita debajo de mí, con un aspecto indefenso y delicioso mientras mi polla se incrusta en su cuerpo.

—Ya no puedes escapar de mí. — le advierto. —Nunca. — ‘empujo hacia delante’ —Nunca. — ‘vuelvo a empujar’ —Nunca...— una vez más y las luces del fondo de mis ojos estallan —... te irás.

Se corre, y los espasmos de mariposa de su coño convulsionando en torno a mi polla ultrasensible sacan mi orgasmo de los recovecos donde lo había encerrado para poder concentrarme en complacerla. Estalla como un géiser, e inundo su coño con semilla.

Nunca me he sentido más feliz ni más satisfecho. Ningún trato me ha llevado a este nivel de euforia. Ya ni siquiera siento que esté en la tierra, sino que ella me ha transportado a algún planeta de dicha donde no hay más que olas interminables de sensaciones eróticas.

El orgasmo empieza en los dedos de los pies y se extiende como la electricidad por mis venas hasta que no hay parte de mí que no haya tocado. Soy suyo, corazón y alma, cuerpo y mente. A partir de aquí, es mi dueña. Mi cuerpo sabe lo que puede dar, y siempre la deseará.

Incluso cuando salgo de mi fuga inducida por la lujuria para tumbarme sudado y sin aliento junto a ella, sigo estando jodidamente feliz. La arropo y le susurro lo hermosa que es, lo sexy que se siente, lo mucho que la deseo de nuevo.

— ¿Me lo prometes?— murmura somnolienta. — ¿Que nunca me dejarás ir? ¿Que nunca permitirás que me vaya?

La abrazo con fuerza y le beso la coronilla. —Sí. Te juro que me suicidaré de la forma más espantosa si te suelto la mano.

—Ya he tenido muchas pérdidas, Warren. No puedo abrirme a más dolor.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Mi corazón se aprieta ante sus palabras y el dolor en su voz. — No hay más pérdidas para ti, cariño. Solo ganancias. Esta casa, un equipo de fútbol de niños y yo.

—No quiero un equipo de fútbol de niños. Creo que solo quiero tres.

—Tres entonces.

—O cuatro.

—Cuatro está bien.

—Tal vez cinco.

—Lo que quieras. — No puedo ser más honesto. Vivo para hacerla feliz. Nada menos que su completa satisfacción me llenará. No sabía que la vida podía ser así, pero no la quiero de otra manera.

# Capítulo 19

LEILA

Warren se acerca, poniendo su mano en mi pierna. Sus dedos rozan el interior de mi muslo. Llevo un vestido de Dolce & Gabbana ridículamente caro. Es precioso y me siento de maravilla en la piel, pero la enorme etiqueta del precio casi me provoca un ataque al corazón. Intenté luchar contra Warren para que me comprara ropa.

Al final consiguió que cediera con un compromiso. Lo único que hizo fue decirme que quería que me comprara muchos vestidos para que, si necesitaba un recordatorio de a quién pertenecía, pudiera enrojecer rápidamente mi trasero. Me engañó, sabiendo que nunca podría resistir esa tentación.

Aunque parezca una locura, descubrí que me encantaba probarme toda la ropa que me elegía. Así como su aprobación cada vez que salía del probador. El hecho de que me mime y se ocupe de la mayoría de mis necesidades ha calmado algo dentro de mí. El hombre no debería hacer nada por mí, pero de alguna manera, está enamorado de mí. Al menos por ahora. Todavía me preocupa que sea demasiado para él.

—Cariño. — Me da un apretón en el muslo. Me siento más recta y quito la cabeza de su hombro.

— ¿Qué?

—Sal de tu propia cabeza. — Me muerdo el interior de la mejilla.

Puede que Warren no estuviera interesado en mí cuando nos conocimos, pero ahora parece que no se le escapa nada. Ese hombre me lee como un maldito libro, y solo nos conocemos desde hace poco tiempo. Dijo que el amor puede hacer que te ciegues a las cosas. Siempre dice las cosas correctas para hacerme sentir mejor.

— ¿Vas a decirme qué pasa por tu cabeza?— No quiero decir nada, pero me prometí a mí misma que no volvería a mentirle a Warren. —Bien. — Me agarra, tirando de mí en su regazo para que

*Sotelo, gracias K. Cross*

esté a horcajadas sobre él. Oigo cómo se levanta la mampara dentro del coche para darnos intimidad.

—Cuéntame. — Me pasa el pulgar por la cara intentando tranquilizarme.

—Me preocupa que sea demasiado. Soy tan pegajosa. — Warren no ha vuelto a la oficina últimamente. Hemos tenido que pasar un par de veces y he ido con él. Voy a todas partes con él. Cuando no está cerca de mí empiezo a asustarme.

Deja escapar una profunda risa. —Pensé que era yo el que estaba siendo pegajoso al arrastrarte a todas partes conmigo. No me gusta perderte de vista.

Trago saliva. — ¿Me llevas a todas partes porque tienes miedo de que haga algo?

—No, cariño. Puedes hacer lo que te dé la gana. No me importa. Te quiero cerca por mis propias necesidades egoístas. Realmente no puedes entender lo mucho que te necesito. Dale tiempo y lo verás. — Mis ojos arden de lágrimas. Me coge la mano y me besa el anillo gigante del dedo. Me lo puso aquella primera noche, después de que todo se estropeará. Me sorprendió saber que lo había guardado durante varios días. Entre eso y que nunca usaba protección cuando hacíamos el amor debería decirme todo lo que necesitaba saber.

—Te amo tanto. Da miedo. — Todo su cuerpo se endurece debajo de mí. Es la primera vez que le digo esas palabras. Él me las ha dicho mil veces.

—Cariño. — Su cara se suaviza.

—Debería haberlo dicho hace días, pero pensé que decirlo podría acabar haciéndome más daño si pasaba algo entre nosotros.

—Lo único que pasa entre nosotros es una boda seguida de un montón de bebés.

—Eso ya lo sé. — Me inclino hacia él y lo beso. Sus dedos se enredan en mi pelo antes de profundizar el beso. Toma todo el control, y lo dejo. Es algo que anhelo y necesito.

—War. — Gimo su nombre cuando se separa del beso. Me contoneo en su regazo, con su dura polla presionando mi clítoris.

*Sotelo, gracias K. Cross*



—Tendremos que terminar esto más tarde. Tenemos que ocuparnos de algo. — Me levanta de su regazo antes de salir del coche. Lucho por sonreír mientras veo cómo se ajusta la polla antes de darme la mano para ayudarme a salir. — ¿Confías en mí?

—Sí. — digo al instante, haciéndole sonreír. Me coloca un trozo de pelo detrás de la oreja.

—Buena chica. — Me acicalo ante sus elogios. Mantiene su mano en la mía mientras me guía hacia un edificio de oficinas. Subimos en el ascensor hasta casi el último piso antes de bajar. La mujer de la recepción asiente a War cuando pasamos por su mesa y nos dirigimos a una sala de conferencias.

— ¿Tienes una reunión?— le pregunto.

—No, cariño. Tengo asuntos pendientes. — Antes de que pueda preguntar más detalles, la puerta se abre. Mis ojos se cruzan con los de Chris. Se me cae el estómago. War me da un apretón tranquilizador en la mano.

— ¿Qué demonios está pasando?— Chris se mueve sobre sus pies. Está nervioso.

—Tenemos que ocuparnos de algunas cosas.

—El trato está hecho. La propiedad de Park Hill es mía. Supéralo. — Se gira para irse.

—Va a ser un proyecto difícil de manejar para ti en la cárcel. — Chris se congela durante un largo momento antes de darse la vuelta. Sus ojos miran hacia abajo para tomar las manos conectadas de War y las mías.

—Ella también caerá. — Sus ojos son tan fríos. Debería haber hecho caso a mi instinto cuando tuve esa extraña sensación de él al principio.

Estaba tan desesperada por pertenecer que me habría hecho creer cualquier cosa. Una mujer siente estas cosas. Fue lo mismo con War. Estaba ahí para herirlo, pero seguía enamorándome de él cada vez más. En algún nivel, sabía que era un buen hombre.

—Esto no es sobre el trato de Park Hill. Se trata de que asesinaste a tu hermano para intentar cobrar su seguro de vida. — Se me cae el estómago. Santo cielo.

—No tienes pruebas de eso. — responde Chris, pero me doy cuenta de que no lo niega. ¿Cómo está sucediendo esto?

—Seguro que pensabas que sería sencillo hasta que apareció Leila y echó por tierra tus planes. Entonces te volviste codicioso. Así que la utilizaste para tratar de conseguir aún más dinero. Tratando de establecerte para los años venideros.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. Me voy. — Intenta salir de nuevo, pero War sigue adelante.

—Tenemos pruebas. No pensaste en las cámaras que están colocadas alrededor del edificio. Están por todas partes. Por no hablar de que tu móvil también te ha marcado ahí.

Las manos de Chris empiezan a temblar de miedo. Me quedo sin palabras ante las revelaciones de War. Se me revuelve el estómago al pensar en lo ingenua que he sido.

—Te devuelvo el trato de Park Hill. — ofrece mientras el pánico se apodera de él. War deja escapar una profunda carcajada.

—No hay cantidad de dinero que puedas darme que yo acepte. No me cabe duda de que también tenías planes para matar a mi Leila. — Enrollo mi brazo alrededor del de War para darme fuerzas. Estoy al borde de las lágrimas y necesito cualquier apoyo que pueda conseguir en este momento. —Tienes suerte de que no tenga mis manos alrededor de tu cuello.

Chris intenta salir corriendo de la habitación, sabiendo que lo han atrapado. Tres agentes del FBI le impiden ir a ninguna parte.

—Quiero a mi abogado. — Disfruto viendo el pánico que está escrito en su cara.

—Buena suerte para encontrar uno bueno en esta ciudad que te ayude. — Veo cómo los agentes del FBI lo esposan y le leen sus derechos. Chris empieza a llorar. —Deberías darme las gracias. Pedir dinero prestado a los Esposito fue una idea terrible. Van a querer

matarte cuando se den cuenta de que no has conseguido ese dinero. Estarás más seguro en la cárcel. *Tal vez.*

Los agentes comienzan a alejarlo. Chris suplica mientras lo arrastran. Finalmente, dejo caer unas lágrimas cuando se va.

— ¿Cómo?— Creo que estoy un poco en shock pero también aliviada en cierto modo.

—Fui a cavar. No iba a dejar que ese hombre tuviera sus garras en ti.

—Solo tú puedes tener garras en mí. — La verdad es que ahora estoy relajada. War deja escapar una risa.

—Te estás dando cuenta. — Me atrae hacia él.

—Siento haberte metido en este lío. — Apoyo mis manos en su pecho.

—No lo sientas. Esto es lo que te trajo a mi vida. Te lo agradeceré siempre. — Mi corazón se derrite ante sus palabras. Se me escapan las lágrimas. —No llores. Sabes que eso me mata. — Alarga su mano para secar mis lágrimas.

—Son lágrimas de felicidad, War. Vine aquí porque estaba muy perdida. Necesitaba algo. Pensé que la venganza me curaría, pero me equivoqué. Tú me curaste.

—Te lo dije. Siempre cuidaré de ti.

Me pongo de puntillas para besarle. — ¿Cuánto valía la póliza de seguro de vida?— La curiosidad se apodera de mí.

—Diez millones. — me quedo con la boca abierta. —No es que lo necesites. — Supongo que se refiere a que nunca me faltará nada mientras él tenga algo que decir.

—Ponlo en un fideicomiso o algo así para nuestros hijos. Quieres un equipo de fútbol completo, después de todo. — Me levanta de los pies.

—Te amo demasiado, maldita sea. — No sé cómo he tenido tanta suerte. El destino me llevó a él cuando más lo necesitaba.

—Yo también te amo. Ahora llévame a casa para que podamos trabajar en ese equipo de fútbol. — No tengo que pedírselo dos veces.

Sé que siempre seré una chica mala. Los castigos de War son demasiado tentadores para que no lo sea. Solo que ahora él es dueño de cada parte de mí. Soy *su* chica mala.

*Sotelo, gracias K. Cross*

# Epílogo

WARREN

—Va a llover, cariño. Tienes que sentar ese dulce trasero y hacer planes para mañana cuando el tiempo sea mejor.

—Dottie tiene un nuevo cachorro y necesita dormir.

—Dottie no podría vivir con ella misma si tuvieras un accidente de camino a su casa. — Firmo el último documento del título y lo meto en mi maletín para ir a trabajar el lunes.

Leila se asoma a la ventana. —Solo está un poco nublado. Si me voy ahora, podría vencer al granizo de vuelta.

—No.

—Estás siendo difícil. — arruga su bonita nariz. — ¿Y si Dottie y yo nos encontramos a mitad de camino en un parque?

— ¿Por qué no puede esperar hasta mañana?

Leila deja escapar un suspiro frustrado. —Estoy aburrida. Los niños se han ido al campamento de verano y pensé que disfrutaría de este tiempo a solas, pero tengo demasiado tiempo libre. — Abre los dedos de par en par. —Debería estar haciendo algo.

—Algo no debería incluir peligro. — Me recuesto en la silla y recorro con la mirada su curvilínea figura. Han pasado casi veinte años, pero sigue siendo hermosa y muy sexy. Sus caderas son más redondeadas después de los dos niños, pero resaltan su pequeña cintura. La luz del sol se filtra a través de sus hebras doradas como polvo de hadas. Los ángeles pusieron a uno de los suyos entre nosotros, y yo tuve la suerte de capturar su corazón.

—Si querías a alguien que se sentara en casa todo el tiempo, deberías haberte casado con otra.

*Sotelo, gracias K. Cross*

Se da la vuelta e intenta salir corriendo de la habitación, pero la agarro por la cintura y la arrastro hasta mi regazo. — ¿Intentas dejarme? Eso no está permitido.

—Puedo hacerlo si quiero. — levanta la barbilla.

—Pareces una mocosa, Leila. Ya sabes lo que les pasa a las niñas mocosas, ¿no?— Le paso el pulgar por debajo de la barbilla.

Aparta la cabeza de mi contacto. —No tengo cinco años, War. No puedes castigarme por tener mis propios pensamientos.

—Puedo hacerlo si son erróneos. Ambos sabemos que si no me hubiera casado contigo, estaría soltero en este mismo momento. No quiero a nadie más. Nunca querré a nadie más. Dicho esto, tienes que mantener este bonito culo en esta casa.

— ¿O si no qué? ¿Vas a encerrarme? ¿Tú y qué ejército?

—Solo yo, cariño. Siempre soy solo yo. — Me muevo rápidamente, ensanchando las piernas para que pierda el equilibrio y luego, mientras se estira para estabilizarse, aprovecho su impulso para voltearla sobre su estómago.

— ¿Vas a pegarme?— Intenta sonar indignada, pero el temblor del deseo es claramente audible en su voz.

—Solo estoy haciendo lo que me has pedido, quizá no con tantas palabras, pero sí con tus acciones.

Le bajo los pantalones lo suficiente como para que se le vean las nalgas. Espero su palabra de seguridad -zucchini-, que es ridícula pero también algo que nunca diría durante el sexo, por lo que es segura.

—No te atrevas a pegarme. — dice mientras mueve el culo delante de mi nariz.

—Has estado hablando mucho, diciendo que me vas a dejar.

—Nunca he dicho que te vaya a dejar. — protesta y vuelve a contonearse, desesperada por mis caricias. —Dije que deberías haberte casado con otra persona.

No menciona las verduras. Bajo la mano bruscamente. Grita de sorpresa.

*Sotelo, gracias K. Cross*

—Puedo decir lo que quiera. — Su cuerpo se tensa, anticipando el siguiente golpe, pero no cede. En lugar de eso, deslizo mi mano a lo largo de sus fuertes muslos y me detengo en la suave piel de sus rodillas. — ¿Me has oído?

Sonrío. —Claro que sí.

—No parece que lo hayas hecho. — murmura con tono de disgusto.

Le doy otra bofetada. —No estás prestando atención.

—Tú eres el que...

Mi palma golpea de nuevo la parte jugosa de su culo. Esta vez se le escapa un gemido. Deslizo mis dedos entre el apretado de sus mejillas para encontrar su sexo empapado y caliente. Esto nunca deja de excitarla.

—Puedo sentir cómo sonríes. — acusa.

Tarareo a su vez, demasiado complacido por su excitación como para responder. La acaricio con tres dedos, recorriendo el suelo de su coño hasta encontrar esa zona de piel que la hace volar. La acaricio con tres dedos, recorriendo el suelo de su coño hasta que encuentro esa parte de la piel que la hace volar. Para mejorarlo, empiezo a azotarla con mi mano libre mientras la follo con los dedos.

— ¿Vas a ponerte en peligro otra vez?— ¡bofetada!

— ¡No!

— ¿Crees que debería haberme casado con otra?— ¡bofetada!

— ¡No!

— ¿Me dejas?— ¡bofetada! ¡bofetada! ¡bofetada! El sonido de mi mano encontrando su carne se mezcla con sus gritos de felicidad.

—No. No. No me voy. — Empuja sus mejillas enrojecidas hacia mi mano, suplicándome en silencio. —Lo siento. Me portaré bien.

—Más te vale. — Sigo dándole palmaditas hasta que su culo es de color carmesí y su crema empapa mis piernas. Una vez que vuelve a la tierra de su subidón de placer y dolor, la levanto de mi regazo y la

tiendo sobre mi escritorio. Una vez que sus piernas están libres de sus vaqueros, saco mi polla y la coloco en su entrada.

Se ve tan jodidamente sexy así, con los labios del coño hinchados y expuestos, enmarcados por su trasero rojo cereza. Me muerdo el labio inferior y aspiro profundamente. —Vas a ser mi muerte, mujer.

—Pero qué manera de morir. — se burla.

—Cariño, si pudiera morir así, tendrías que tener un ataúd cerrado porque la sonrisa en mi cara sería obscena. Menos mal que no puedes verme. Creo que me darías una bofetada de suficiencia.

—Algo abofetearé si no me metes tu gran polla adentro. — dice ella, mocosa una vez más.

— ¿Así es como lo hacemos ahora?— Le doy otro golpe en las mejillas.

Inhala rápidamente, pero responde: —Una vez chica mala, siempre una chica mala, supongo.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada. No sé cómo he tenido tanta suerte de tener una mujer como ésta, mi propia chica, muy buena y muy mala.

***Fin...***





*Sotelo, gracias K. Cross*